

La estructura social a la luz de las nuevas sociologías del individuo

Social Structure in the Light of New Sociologies of the Individual

Jose Santiago

Palabras clave

- Clases sociales
- Estratificación social
- Estructura social
- Individuos
- Instituciones
- Microsociología
- Sociología del individuo

Key words

- Social Classes
- Social Stratification
- Social Structure
- Individuals
- Institutions
- Microsociology
- Sociology of Individuals

Resumen

El objetivo de este artículo es presentar nuevas teorizaciones de la estructura social a la luz de las nuevas sociologías del individuo que se están desarrollando actualmente en Francia y que, a pesar de ser aún poco conocidas, tienen un enorme valor para repensar la sociedad y sociología actuales. Partiendo de una revisión del concepto y de las principales concepciones de la estructura social, me centraré en las aportaciones más significativas de estas nuevas sociologías del individuo. Para ello, por un lado, me detengo en las dos tradiciones clásicas de la estructura social (institucional o cultural y como estructura de clases) y muestro su insuficiencia para dar cuenta de la sociedad actual, la cual sitúa al individuo como nuevo protagonista y principal foco de atención de la sociología. Por otro lado, y en contraste con las antiguas sociologías del individuo, que se centran en el nivel micro de la interacción, se analizan los nuevos condicionamientos estructurales que constriñen a los individuos. El artículo concluye con una invitación para desarrollar estas nuevas sociologías a escala del individuo.

Abstract

The aim of this paper is to present new theorisations of social structure in light of the new sociologies of the individual currently being developed in France. Although these sociologies are little known, they have significant value in rethinking today's society and sociology. Starting from a review of the concept and the main conceptions of social structure, I will focus on the most significant contributions of these new sociologies of the individual. To do this, on the one hand, it will be shown that the two classical traditions of social structure (institutional or cultural and as a class structure) are insufficient to explain today's society, in which the individual has become the main protagonist and key focus of sociology. On the other hand, in contrast with the old sociologies of the individual, which are centred on the micro level of social interaction, this paper analyses new structural constraints that limit the individual's action. The paper concludes with an invitation to develop these new sociologies at an individual scale.

Cómo citar

Santiago, Jose (2015). «La estructura social a la luz de las nuevas sociologías del individuo». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 149: 131-150. (<http://dx.doi.org/10.5477/cis/reis.149.131>)

La versión en inglés de este artículo puede consultarse en <http://reis.cis.es> y <http://reis.metapress.com>

Jose Santiago: Universidad Complutense de Madrid - TRANSOC | jasantiago@cps.ucm.es

INTRODUCCIÓN¹

El concepto de estructura social sigue siendo de uso recurrente en sociología a pesar de su enorme carga de abstracción y ambigüedad o precisamente por ello. Su amplia utilización ha hecho de él una *caja negra* que los sociólogos movilizamos sin cuestionarnos en la mayoría de las ocasiones qué se esconde en su interior. ¿Qué es la estructura social? ¿Cómo y hasta qué punto constriñe a los individuos? ¿Realmente existe la estructura social en nuestras sociedades de modernidad avanzada? ¿Debemos seguir movilizándolo este concepto como parte de nuestro instrumental analítico? ¿Y si no fuese una más de esas *categorías zombis* (Beck y Beck-Gernsheim, 2003) con las que los sociólogos nos empeñamos con terquedad en dar cuenta de un mundo que ha dejado de ser el nuestro? O si, por el contrario, acordásemos que todavía es una categoría útil, entonces ¿cómo se manifiesta la estructura social en la sociedad actual?

Este artículo profundiza en esta problemática a la luz de las nuevas sociologías del individuo que se vienen realizando en Francia en los últimos años y que, a pesar de ser poco conocidas aún en España, son una de las aproximaciones de mayor valor en el panorama sociológico actual². Si me centro en ellas es debido a que estas sociologías se han originado precisamente a partir del cuestionamiento de la concepción clásica de la estructura social, estrechamente vinculada con la *idea de sociedad*. En las páginas que

siguen vamos a ver cómo la disolución de la estructura social, tal y como ha sido concebida por la tradición sociológica, sitúa al individuo como el auténtico protagonista de la vida social. Un proceso al que los sociólogos no podemos seguir dando la espalda y que nos debería conducir a reorientar nuestro oficio apostando decididamente por una sociología de (*y para*) los individuos.

El artículo se estructura en cuatro apartados. En primer lugar, presentaré brevemente el concepto y las principales concepciones teóricas de la estructura social. Tras ello, me centraré en las dos grandes tradiciones sociológicas que han tematizado la estructura social: la cultural o institucional, deudora de la obra de Durkheim, y la que concibe la estructura social en relación con la estructura de clases, que alcanzó su máximo apogeo con Bourdieu. A continuación, prestaré atención a la obra de Collins, que, en línea con las *antiguas* sociologías del individuo, pone en entredicho estas visiones de la estructura social, haciendo especial hincapié en su desacoplamiento con respecto a la interacción en los encuentros microsituacionales. Será el momento de preguntarnos si esta crítica debe conducir a la sociología a centrar su interés en este nivel micro, o, por el contrario, debemos replantearnos nuestra forma de entender la estructura social y el modo en que condiciona a los individuos. ¿Cómo dar cuenta, en definitiva, de la estructura social en las sociedades de la segunda modernidad que han visto declinar la *idea de sociedad*? Para responder a esta cuestión, en el último apartado profundizaré, con un doble propósito, en las propuestas de tres de los más destacados representantes de las nuevas sociologías del individuo: Dubet, Lahire y Martuccelli. Por un lado, mostraré la falta de plausibilidad de las concepciones clásicas de la estructura social y las consecuencias que de ello se derivan al convertir al individuo en el principal foco de atención de la sociología. Por otro lado, se trata de explorar cómo podemos concebir la estructura social

¹ Este artículo se benefició de una estancia de investigación en el Centre de Recherche sur le Liens Sociaux (CERLIS) en la Universidad de Paris Descartes-La Sorbonne en 2011, que fue posible gracias a una subvención del Subprograma de Estancias de Movilidad de Profesores e Investigadores en centros extranjeros de enseñanza superior e investigación del Ministerio de Educación.

² Una excelente panorámica de estas sociologías del individuo puede encontrarse en Martuccelli y Singly (2012).

y los nuevos condicionamientos y lógicas estructurales que constriñen a los individuos tras la disolución de la idea de sociedad. Para finalizar, se explicitarán las conclusiones de la presente indagación, invitando a desarrollar estas nuevas sociologías del individuo.

EL CONCEPTO Y LAS PRINCIPALES CONCEPCIONES DE LA ESTRUCTURA SOCIAL

Como señalaban Abercrombie, Hill y Turner (1986: 103), la estructura social «es un concepto que se usa frecuentemente en sociología pero que raras veces se presenta por extenso». En la misma línea, Lamo de Espinosa (1998: 272) señala que «quizás no hay concepto más confuso y enredado en todas las ciencias sociales que el de estructura, debido, sin duda, a su extensa utilización». En efecto, nos encontramos ante un concepto que los sociólogos movilizamos sin habitualmente explicitar a qué nos referimos. Y cuando sí lo hacemos, la falta de consenso sobre qué es sustantivamente la estructura social es tal que solo definiciones demasiado formales cuentan con el beneplácito de la comunidad sociológica. Así, no resultaría problemático convenir que «la estructura social se refiere a las relaciones duraderas, ordenadas y tipificadas entre los elementos de la sociedad» (Abercrombie, Hill y Turner, 1986: 103). O, yendo un poco más allá, acordar, siguiendo a Boudon (1973: 14), que «estructura quiere decir sistema, coherencia, totalidad, dependencia de las partes respecto al todo, sistema de relaciones, totalidad no reducible a la suma de sus partes, etcétera». No obstante, más allá de este tipo de definiciones formales, lo cierto es que la diversidad de concepciones de la estructura social hace imposible un «consenso paradigmático» (Bernardi, González y Requena, 2006: 163). Los desacuerdos surgen fundamentalmente en torno a cuestiones de índole sustantiva, como el peso de lo cultural o lo

material a la hora de definir la estructura social, su naturaleza ontológica, sus diferentes niveles y el grado en el que constriñe y/o posibilita la acción de los individuos.

Con el objetivo de contextualizar la teorización de la estructura social a la luz de las principales corrientes de las nuevas sociologías del individuo, a continuación paso a mostrar las concepciones de la estructura social más prominentes en el campo sociológico. Evidentemente, no se trata de un examen exhaustivo, lo que sin duda desbordaría los objetivos de este artículo. Se trata simplemente de una presentación muy esquemática que permite mostrar el terreno en el que se han desarrollado los debates contemporáneos sobre la estructura social. Para ello se podrían seguir distintas tipologías, como la propuesta por Knottnerus (1996) que distingue tres tradiciones teóricas (transaccional, idealista y objetiva) en función de cómo se considere la naturaleza de la estructura social. Otra clasificación posible es la que proponen Bernardi, González y Requena (2006), que atiende a la relación entre la estructura y la acción, lo que les conduce a diferenciar tres estrategias: de reducción (propia del individualismo fuerte), de transcendencia sistémica (holismo) y de construcción (individualismo metodológico). En mi caso partiré de la propuesta de Porpora (1989), para el que las cuatro principales concepciones sociológicas de la estructura social son las representadas por Durkheim, Marx, Collins y Homans, y Giddens. Como en el siguiente apartado me detendré en las dos primeras, valga por el momento señalar que en el primer caso la estructura social es concebida como regularidades legaliformes entre hechos sociales, mientras que para la tradición marxista aquella es un sistema de relaciones humanas entre posiciones sociales. La tercera de las concepciones a las que hago referencia, representada por autores como Collins y Homans, es la que entiende la estructura social como patrones agregados de comportamiento que se estabilizan en el

tiempo. Así, para Homans (1975: 53), la estructura social se refiere a «aquellos aspectos del comportamiento social que el investigador considera relativamente duraderos y persistentes». Por su parte, Collins, a cuya obra dedicaré el tercer apartado por ser el máximo representante de las *antiguas* sociologías del individuo, considera que la estructura social «se refiere a un comportamiento repetido de la gente en lugares específicos, utilizando objetos físicos específicos, y comunicándose con otras personas repetidamente mediante el uso de muchas de las mismas expresiones simbólicas» (Collins, 1981: 994). La cuarta de las concepciones de la estructura social que destaca Porpora es la de Giddens, quien, en el marco de su teoría de la estructuración, entiende aquella como reglas y recursos que recursivamente intervienen en la reproducción de los sistemas sociales. Para Giddens (1995: 61), la «estructura no se debe asimilar a constreñimiento sino que es a la vez constrictiva y habilitante».

Junto a estas concepciones de la estructura social, creo necesario añadir al menos otras tres, que, aunque deudoras de aquellas y, en algunos aspectos, próximas a ellas, tienen una particularidad que las convierte en referentes en los debates actuales sobre la estructura social. Me refiero a las de Bourdieu, Sewell y la propia del individualismo metodológico. La primera es deudora de la obra de Marx, dada la centralidad que en ella tienen las clases sociales entendidas de forma relacional. Debido a la relevancia de esta forma de concebir la estructura social, me detendré en ella en el próximo apartado. Deudora y a la vez crítica de la noción de *habitus* de Bourdieu y de la dualidad de la estructura de Giddens, la concepción de la estructura de Sewell quiere dar respuesta a la que considera una metáfora epistémica inevitable en ciencias sociales. Con este propósito, y sustituyendo el concepto de reglas de Giddens por el de esquemas, Sewell (1992: 27) considera que las «estructuras es-

tán constituidas por esquemas culturales y conjuntos de recursos que se sustentan mutuamente y que facultan y limitan la acción social y tienden a ser reproducidas por esta acción». Por último, hay que destacar la concepción de la estructura social que se deriva del individualismo metodológico. Aunque pareciera que este comparte con las aproximaciones de Collins y Homans la estrategia reduccionista de la estructura (Kontopoulos, 1993), en la medida en que esta es explicada reduciéndola a los individuos, lo cierto es que autores como Boudon nos permiten concebir la estructura social de otro modo. Desde la perspectiva del individualismo metodológico, los individuos eligen sus cursos de acción intencionalmente, dando lugar, como suma agregada de los mismos, a efectos estructurales, a veces no queridos, que constriñen y condicionan las oportunidades individuales (Bernardi, González y Requena, 2006: 168).

¿Qué aportan las nuevas sociologías del individuo en este panorama de concepciones de la estructura social³? A dar respuesta se dedica este artículo, pero para empezar hay que señalar que, frente al alto grado de abstracción que encontramos en torno a este concepto, las nuevas sociologías del individuo basan sus propuestas en una sólida y amplia investigación empírica. Ese grado de abstracción al que me refiero es menor que en otras concepciones de la estructura social debido también al hecho de que las nuevas sociologías del individuo no pretenden tanto dar cuenta de la naturaleza de la estructura social como analizar las transformaciones históricas que ha experimentado en el paso de la primera a la segunda modernidad. Gracias a su sólido respaldo empírico

³ Las nuevas sociologías del individuo no deben ser confundidas con el individualismo metodológico. Frente a este, aquellas no privilegian necesariamente la acción intencional y entienden la acción social como mediada por el trabajo que realiza el individuo sobre sí mismo (Martuccelli y Singly, 2012: 52).

y a esta perspectiva histórica, estas nuevas sociologías del individuo nos van a permitir ver de qué modo los cambios en la estructura social colocan al individuo como un nuevo protagonista de la vida social que debe hacer frente a los nuevos condicionamientos estructurales que nuestra sociedad produce. Con este propósito de situar el objeto de la estructura social en un terreno más empírico y en una perspectiva histórica, en el próximo apartado me centraré en las dos tradiciones sociológicas que han permitido sustanciar el concepto de estructura social, bien atendiendo a lo institucional o cultural o bien tematizándola como estructura de clases.

LA IDEA DE SOCIEDAD Y LAS DOS TRADICIONES SOCIOLÓGICAS DE LA ESTRUCTURA SOCIAL

En términos sustantivos se puede señalar que los sociólogos han privilegiado dos perspectivas a la hora de analizar la estructura social, dando lugar a dos tradiciones. López y Scott (2000) se refieren en este sentido a estructura institucional y a estructura relacional. La primera constaría de «patrones culturales o normativos que definen las expectativas de los agentes mantenidas sobre el comportamiento de los demás y que organizan sus relaciones duraderas con los otros». En el segundo caso, «la estructura social comprende las relaciones mismas, entendidas como los patrones de interconexión causal e interdependencia entre los agentes y sus acciones, así como las posiciones que ellos ocupan» (López y Scott, 2000: 3).

En el primer caso, la interpretación de la estructura social remite a una cultura compartida, a unos valores y normas que gracias a las instituciones de socialización conforman la personalidad de los individuos a través del desempeño de los roles. Desde esta visión institucional o cultural, la estructura social se definiría atendiendo al patrón de relaciones y posiciones que constituyen el es-

queleto de la organización social, entendiendo que «(l)as relaciones se dan siempre que las personas se implican en patrones de interacción continuada relativamente estables, y la mutua dependencia (ejemplos: matrimonios, instituciones educativas (...))» mientras que «(l)as posiciones (a veces denominadas estatus) consisten en lugares reconocidos en la red de relaciones sociales (madre, presidente, sacerdote) que suelen llevar aparejadas expectativas de comportamiento (roles)» (Calhoun, Light y Keller, 2000: 7).

Por su parte, la concepción de la estructura social desde una perspectiva relacional, aunque no queda reducida a ella, puede ser presentada como estructura de clases, en tanto que ordenación de la sociedad a partir de la desigual distribución de los recursos. Pero hay que enfatizar que «no es suficiente que haya desigualdades sociales, grupos arriba, grupos abajo, y grupos en medio, para que se pueda hablar de estructura social; además este conjunto debe constituir un sistema legible, una estructura social. Debemos distinguir claramente el problema de las desigualdades del de la estructura social con el fin de preguntarnos si estas desigualdades forman un mecanismo que permite explicar la vida social» (Dubet, 2009: 49). Efectivamente, frente a su recurrente identificación con la estratificación social y las desigualdades, la estructura social remite a algo de mayor calado teórico. Hace referencia al hecho de que estas desigualdades estén ordenadas formando un sistema legible que nos ayuda a explicar la vida social.

Lo que me interesa señalar con respecto a estas dos tradiciones es que, ya sea delimitando la estructura social a partir de las posiciones en términos de estatus en relación con los roles o de clases sociales, ambas interpretaciones no solo han servido para describir la organización de la sociedad, sino que además han permitido explicar la acción de los individuos. De ahí que las dos hayan sido deudoras de la *idea de «sociedad»* (que) descansa sobre dos pilares: la estruc-

tura social y el ajuste de la acción a esta estructura» (Dubet, 2009: 107). Pero ¿a qué hace referencia esta *idea de sociedad*? Con ella se busca dar cuenta de una determinada representación de la sociedad en tanto que una totalidad, un sistema organizado funcional y coherente⁴. De forma más específica, «(l)a idea de sociedad caracterizó la vida social a través de una representación, orgánica o sistémica, como una serie de niveles imbricados unos dentro de otros y regidos por una jerarquía que establecía una correspondencia entre los estratos superiores y los inferiores. La idea de sociedad supone así que los diferentes ámbitos sociales interactúan entre ellos, como las piezas de un mecanismo o las partes de un organismo, y que la inteligibilidad de cada una de ellas es dada justamente por su lugar en la totalidad» (Martuccelli, 2013: 148).

Veamos a continuación cómo han sido tematizadas las dos visiones clásicas de la *idea de sociedad*, que descansan en la estructura social y en el ajuste de la acción a dicha estructura.

La estructura social, las instituciones de socialización y los roles

La tradición sociológica heredera de Durkheim representó la sociedad como un sistema organizado y funcional, en el que cada elemento cumplía un papel o una función en la totalidad a partir del cual se hacía inteligible. En *La división del trabajo social*, aquel señaló que «la estructura de las sociedades en las que la solidaridad orgánica es preponderante» se organiza como «un sistema de órganos diferentes, cada uno con su función especial y formados, ellos mismos, de partes diferenciadas», estando todos ellos «coordinados y subordinados unos a otros, alrededor de un mismo órgano central

que ejerce sobre el resto del organismo una acción moderatriz» (Durkheim, 1995: 216). No obstante, la constatación de que la división del trabajo social se desviaba de «su dirección natural», como productora de solidaridad orgánica, condujo a Durkheim a dar una creciente importancia a los valores y normas como medio para asegurar la integración de las sociedades modernas. Frente a las sociedades de estructura social segmentaria, en las que una conciencia colectiva «extensa y fuerte» cubría a todos los individuos, que compartían una gran «similitud de las conciencias», el proceso de diferenciación trajo consigo un mayor espacio para la iniciativa y reflexión individuales. Ante ello la interpretación durkheimiana de la vida social se fue desplazando hacia una idea de sociedad en tanto que sistema integrado a partir de unos valores centrales que los individuos debían interiorizar por medio de la socialización, la cual garantizaba la continuidad entre la sociedad y el individuo, entre el sistema y el actor. Al igual que Durkheim, Parsons también pensaba que «existe una continuidad funcional y formal entre la cultura (los valores), la sociedad (los roles) y las personalidades (los motivos de la acción). La socialización tiene por función asegurar esta continuidad entre la estructura social y la personalidad» (Dubet, 2006: 52).

Las encargadas de este proceso de socialización fueron las instituciones, especialmente la escuela, la iglesia y la familia, mediante las cuales las sociedades de la primera modernidad conformaron a los individuos al transformar los valores en normas, y estas en roles que formaban la personalidades de aquellos. Es decir, posibilitaban que los procesos de socialización y subjetivación se confundieran al ser, por así decirlo, las dos caras de la misma moneda. El peso que tuvieron estas instituciones en su objetivo de *instituir* ha conducido a Dubet a hablar de un *programa institucional*, como «proceso social que transforma valores y principios en acción y subjetividad por el sesgo de un tra-

⁴ Sobre la idea de sociedad véase Dubet y Martuccelli (2000: 25-39).

bajo profesional específico y organizado» (Dubet, 2006: 32). Este programa institucional, que tiene un origen religioso, se ha transferido a las principales instituciones de la modernidad y ha conformado la profesión de profesores, médicos, enfermeras, trabajadores sociales, etc., que han sido los encargados de realizar un «trabajo sobre los otros» mediante el cual la sociedad socializaba a los individuos. Un trabajo basado en valores y principios sagrados, ya fueran religiosos o laicos⁵, administrado en «santuarios» por medio de individuos vocacionales y que tenía como objetivo lo que en principio parecería una paradoja: socializar a los individuos al mismo tiempo que les conforma como sujetos, o, dicho de otro modo, acceder a la autonomía y libertad individual a través de la disciplina racional⁶.

En este programa institucional el rol define al individuo al que este queda sujeto. La personalidad se adecúa al rol y las relaciones se ven condicionadas y limitadas por roles sociales específicos. Así, la relación no «tiene autonomía propia, ya que todo se enlaza en torno a una definición precisa del rol de los otros al que apunta el programa institucional. Me dirijo al alumno, al enfermo, al pobre, sin rebasar ese rol. Eso no quiere decir que en ese programa el profesional ignore a la persona y personalidad de los otros, sino que accede a esa dimensión más íntima y más difusa por el cauce de una definición precisa del rol» (Dubet, 2006: 385).

La estructura social y la estructura de clases

La otra gran interpretación de la estructura social es la que descansa en las clases so-

ciales. Son varias las referencias teóricas que se deben tener en cuenta en este caso, entre las que hay que destacar las propias de las escuelas neomarxistas y neoweberianas, representadas por Wright y Goldthorpe. Al referirnos a estas escuelas y a los debates sobre las clases hay que distinguir nítidamente las teorías de las clases y los análisis de clase (Carabaña, 1997). Conforme a la idea de sociedad, aquí me centraré en las aproximaciones a las clases sociales que han pretendido aunar una teoría de las clases con el análisis de clase. Dicho de otro modo, aquellas aproximaciones que hicieron de las clases sociales una suerte de «objeto sociológico total», al ser tanto el *explanandum* como el *explanans* de la vida social (Dubet, 2004: 12). El enorme valor analítico de dicho concepto derivaba de la articulación de cuatro dimensiones: una posición, una comunidad o estilo de vida, una acción colectiva y un mecanismo de dominación (Dubet y Martuccelli, 2000: 93-125).

Los orígenes de esta concepción de la estructura social se encuentran en Marx, pero alcanza su cenit con Bourdieu, para el que la vida social solo es inteligible si damos cuenta de las estructuras sociales, tanto las externas (*campos*) como las interiorizadas (*habitus*). En su obra, como en pocas otras, se deja notar el peso de la idea de sociedad y los dos pilares en los que descansa: la estructura social y el ajuste de la acción a esta estructura. Dicho ajuste deriva del hecho de que en el marco de la sociología de Bourdieu la acción es explicada a partir de la posición que se ocupa en aquella. De ahí la importancia de los *campos*, en tanto que espacios de relaciones objetivas entre posiciones, a partir de los cuales podemos dar cuenta de las representaciones y prácticas de los agentes. Es así como Bourdieu concibe el espacio social o la estructura de clases, como un *campo* en el que las distintas posiciones, que ocupan los individuos, son fijadas de forma relacional en función del volumen total de capital y de su composición (relación en-

⁵ La interpretación durkheimiana de la secularización como transformación de lo sagrado permite entender esta transferencia del programa institucional (Durkheim, 1992).

⁶ Para profundizar en las características de este programa institucional véase Dubet (2006: 29-62).

tre el capital económico y el capital cultural). Son esas mismas posiciones estructurales las que le llevan a «construir» unas «clases teóricas» y a elaborar un modelo predictivo de las representaciones y prácticas de los individuos. En efecto, la socialización en unas condiciones de existencia, determinadas por la posición social, da lugar a la incorporación de un sistema de disposiciones, *habitus*, a partir del que los individuos están inclinados o predispuestos a llevar a cabo unas prácticas u otras. Estos *habitus* son propios de cada individuo, pero la delimitación de unas «clases objetivas» permite hablar de *habitus de clase* en tanto que «forma incorporada de la condición de clase y de los condicionamientos que esta posición impone» (Bourdieu, 2012: 116).

De ahí que, deudora de una fuerte idea de sociedad, la concepción bourdiana de la estructura social no solo nos muestre de qué modo se organiza la vida social, sino que además permite explicar la acción de los individuos, al entender que existe una «relación entre las *posiciones sociales* (concepto relacional), las *disposiciones* (o los *habitus*) y las *tomas de posición*, las “elecciones” que los agentes llevan a cabo en los ámbitos más diferentes de la práctica, cocina o deporte, música o política» (Bourdieu, 1997: 16). Dicho de otro modo, «el espacio de las posiciones sociales se retraduce en un espacio de tomas de posición a través del espacio de las disposiciones (o de los *habitus*)» (ibíd.: 19).

La relación tan estrecha que existe, según Bourdieu, entre las posiciones, las disposiciones y las tomas de posición es posible debido a que los *habitus* son «sistemas de *disposiciones* duraderas y transponibles», de tal modo que nos permiten «dar cuenta de la unidad de estilo que une las prácticas y los bienes de un agente singular o de una clase de agentes (...) El *habitus* es ese principio generador y unificador que retraduce las características intrínsecas y relacionales de una posición en un estilo de vida unitario, es decir un conjunto unitario de elección de per-

sonas, de bienes y de prácticas» (Bourdieu, 1997: 19).

La idea de sociedad que subyace a la sociología de Bourdieu, en la que se afirma la existencia de la estructura social y el ajuste de la acción social a dicha estructura, queda bien resumida en su fórmula: [(*habitus*) (capital)] + campo = práctica (Bourdieu, 2012: 115). La acción es explicada a partir de las dos formas en que se manifiesta la estructura social, los campos y los *habitus*, entre los cuales hay un ajuste o complicidad ontológica, ya que este sistema de disposiciones está objetivamente adaptado al estado del campo en el que tuvo su génesis⁷.

DE LA ESTRUCTURA SOCIAL A LA INTERACCIÓN: LA CRÍTICA DE LAS ANTIGUAS SOCIOLOGÍAS DEL INDIVIDUO

¿Podemos seguir sosteniendo esta concepción de la estructura social? ¿Existe la estructura social en nuestras sociedades de modernidad avanzada? ¿Están las sociedades actuales organizadas por medio de una estructura social que encuadra a los individuos en posiciones en función de sus recursos y capitales o mediante una estructura

⁷ Esta presentación demasiado esquemática de la interpretación de la estructura social de Bourdieu se limita a lo que podemos considerar el «núcleo duro» de su obra. Ciertamente hay pasajes de la misma en los que Bourdieu muestra una concepción menos «ajustada» de la vida social, especialmente en uno de sus últimos libros, *Meditaciones pascalianas*, en el que señala que «la relación entre las disposiciones y las posiciones no siempre adopta la forma del ajuste casi milagroso», que «la homología entre el espacio de las posiciones y el de las disposiciones nunca es perfecta y siempre existen agentes en falso», que «la concordancia anticipada entre el *habitus* a las condiciones objetivas es un *caso particular*, particularmente frecuente, sin duda (...) pero no hay que universalizar» o que «a posiciones contradictorias, aptas para ejercer sobre sus ocupantes “dobles coerciones” estructurales, corresponden a menudo *habitus* desgarrados, dados a la contradicción y la división contra sí mismos, generadora de sufrimiento» (Bourdieu, 1999: 204-214).

institucional que les conforma a través de la socialización en unos valores, normas y roles? Y en relación con ello, ¿hay una continuidad entre la estructura social y la personalidad y acción de los individuos? ¿Hasta qué punto su posición en la estructura de clases y la influencia que sobre ellos puedan tener las instituciones de socialización nos permiten explicar sus prácticas y representaciones?

Para intentar dar respuesta me detendré en el siguiente apartado en algunas de las aportaciones más significativas de las *nuevas* sociologías del individuo. Su reciente irrupción en el panorama sociológico conduce a distinguirlas de las que se podrían denominar, sin afán peyorativo, como *antiguas* sociologías del individuo, que, centradas en el nivel microsituacional, se muestran muy críticas con las visiones macroestructurales de la vida social.

Es el caso de Collins⁸, para quien analizar la vida social desde la estructura social no tiene mucho sentido, si no se es capaz de mostrar de qué modo influye en las experiencias microsituacionales, que, según entienden, son el nivel elemental de la acción social y de toda evidencia sociológica. Dicho de otro modo, y como respuesta a la concepción de la estructura social que veíamos en el anterior apartado, ¿hasta qué punto las

posiciones estructurales de los individuos, determinadas por sus capitales económico y cultural o por su estatus y rol, condicionan sus interacciones? ¿Poseer estos estatus o capitales les concede algún tipo de ventaja interaccional? ¿O, por el contrario, habría que sostener que entre la posición estructural y la interacción microsituacional hay un abismo? Collins así lo cree y por ello nos propone que «en lugar de aceptar los datos agregados a nivel macro como inherentemente objetivos, empecemos a traducir todos los fenómenos sociales como distribuciones de microsituaciones» (Collins, 2009: 352). Con este propósito nos incita a emprender investigaciones etnográficas que permitan traducir al nivel micro las categorías weberianas de clase, estatus y poder.

Según Collins, las clases sociales no están desapareciendo, sino todo lo contrario, como se evidenciaría a nivel macro-estructural si prestamos atención al crecimiento de la desigualdad de la distribución de la renta y la riqueza tanto a escala nacional como internacional. Pero ¿hasta qué punto podemos sostener que esta desigualdad se traduce en una desigualdad en la distribución de experiencias vitales? Frente a algunas de las nuevas sociologías del individuo, para las que la clase social ha dejado de ser un sólido operador analítico, Collins todavía le reserva un cierto papel para entender la estructura social contemporánea, y —lo que es más importante para lo que aquí me interesa— para dar cuenta de los condicionamientos de las experiencias individuales. Es decir, no solo se limita a definir las clases como estratos con más o menos capital o renta, sino que además considera que estas operan condicionando los encuentros microsituacionales en los «circuitos de Zelizer» o circuitos de intercambio monetarios que existen en las sociedades actuales, lo que le conduce a distinguir siete clases sociales o «circuitos de clase»: la élite financiera, la clase inversora, la clase empresarial, los famosos, multitud de circuitos de clase media/trabajadora,

⁸ Clasificar la obra de Collins en las *antiguas* sociologías del individuo no responde a un criterio cronológico *stricto sensu*, pues parte de la misma es coetánea de las *nuevas* sociologías del individuo, como en el caso de su libro *Interaction Ritual Chains* de 2004, cuyo capítulo «*Situational Stratification*» centra mi atención en este apartado. En castellano contamos con una excelente versión traducida y con proemio de Juan Manuel Irazo (véase Collins, 2009). La distinción entre antiguas y nuevas sociologías del individuo pretende marcar una diferente filiación teórica para distinguir las microsociologías, que se centran en las interacciones de los individuos en línea con los planteamientos de autores como Erving Goffman que vieron la luz en los años sesenta, y las nuevas formas de hacer sociología que atienden al individuo sin privilegiar el nivel micro, sino más bien al contrario, tienen una dimensión macrosociológica pero a escala del individuo.

circuitos de mala reputación y la clase social más baja, que se encontraría al margen de cualquier circuito social de intercambio. Lo que me interesa destacar de este planteamiento sobre las clases sociales, basado en el nivel micro de la experiencia, son dos aspectos. Por un lado, su contraste con la concepción macro-estructural: «la traducción a nivel micro de la clase económica no muestra un tótem de clases, neta y jerárquicamente apiladas unas sobre otras, sino circuitos de transacción solapados, de amplitud y contenido muy diversos» (Collins, 2009: 360). Por otro lado, que, en términos de la relación entre la clase social y la acción individual, aquella solo se traduciría en ventajas interaccionales dentro de cada uno de esos circuitos de intercambio.

El desacoplamiento entre la estructura social y las experiencias individuales también se deja notar cuando nos centramos en las categorías weberianas de estatus y poder. Por lo que se refiere a esta última, Collins nos quiere hacer ver que, cuando atendemos al nivel micro, el poder se manifiesta de manera diferente a como se nos muestra a nivel macro-estructural. Así, la desigual distribución de este recurso cuando prestamos atención a la estructura jerárquica de una organización no se traduce en una desigual distribución del poder real acorde con dicha jerarquía. Collins propone por ello distinguir entre «poder-D», como poder de mando o de recibir deferencia, y «poder-E», como poder efectivo, que podría tener un individuo a pesar de ocupar una posición estructuralmente subordinada, como en el caso de la «jerarquía en la sombra» del personal auxiliar administrativo. Frente a la imagen macro-estructural que ha privilegiado el análisis del poder-D, para Collins en nuestras sociedades dicho poder se ha fragmentado y ha quedado limitado a algunos ámbitos en los que todavía podemos encontrar relaciones de micro-obediencia del tipo «orden y mando», si bien mucho más suavizadas que en otros tiempos. En definitiva, dicho poder se

ha desacoplado del «poder-E», mientras que el poder situacional todavía existe en las organizaciones, pero al igual que sucede con las clases sociales solo opera en su interior, sin que fuera de ellas los individuos puedan traducirlo en ventajas interaccionales.

Por lo que respecta a la categoría de estatus, Collins nos invita a pensar en dos cuestiones que considero de gran relevancia para el objeto de este artículo: ¿existen, y, en tal caso, cómo se delimitan los grupos de estatus en la estructura social de las sociedades actuales? ¿Hasta qué punto la imagen macro-estructural y jerárquica desde la que la sociología ha pensado la estratificación social basada en el honor o el prestigio se ve reflejada en las interacciones de los individuos?

Recordemos que Weber (1944: 687) entendía que, frente a las clases, los estamentos sí eran comunidades reales que compartían un modo de vida reconocido con un determinado «honor» social. Collins aplica este concepto a los grupos de estatus, que se diferencian por su estilo de vida, destacando la importancia que en su conformación tienen los rituales formalizados, de tal modo que aquellos solo pueden existir cuando la vida cotidiana está excesivamente formalizada, creándose así las condiciones de posibilidad para que las personas vivan en términos de identidades categoriales. Es por ello que en las sociedades actuales, con una vida social menos formalizada, los grupos de estatus son en su mayoría invisibles, salvo en el caso de lo que este sociólogo define como los «cuasi-grupos de estatus» de jóvenes y adultos.

Pero lo que me interesa destacar de la argumentación de Collins es el hecho de que en la actualidad la desigual distribución de estatus, entendiendo también esta categoría como la capacidad de recibir deferencia en el comportamiento microsituacional, guarda muy poca relación con las identidades categoriales y, por el contrario, depende cada

vez más de la reputación personal. Dicho de otro modo, la posición social que ocupa un individuo en la estructura social, concebida como un espacio jerárquico, no se traduce de forma inmediata en su prestigio social. ¿Gozan las profesiones consideradas más prestigiosas de ventajas interaccionales en sus encuentros microsituacionales? De nuevo Collins nos invita a pensar en el estatus como una categoría que opera en determinadas redes y situaciones, más allá de las cuales una posición jerárquica en el nivel macro-estructural no asegura una mayor deferencia. Con la única excepción de los famosos, que gozan de una deferencia transituacional más allá de redes u organizaciones específicas, «la gente recibe hoy poca deferencia categorial; la mayor parte de la que consigue proviene de su reputación personal, que depende de mantenerse inserto en la red donde se le conoce personalmente» (Collins, 2009: 373).

Como vemos, con su análisis de la estratificación situacional, Collins nos quiere mostrar hasta qué punto en la sociedad actual las experiencias de los individuos se han desacoplado de las jerarquías macroestructurales que la sociología clásica entendía en clara continuidad con aquellas. La conclusión a la que llegan las *antiguas* sociologías del individuo no puede ser más significativa a este respecto: «La estructura social actual genera una experiencia vital en la que la mayoría de los individuos puede guardar distancias con las relaciones macro-estructuradas —como mínimo de manera intermitente, y, en algunos casos, casi por completo» (Collins, 2009: 390).

DE LA IDEA DE SOCIEDAD AL INDIVIDUO Y LAS NUEVAS LÓGICAS ESTRUCTURALES: LAS NUEVAS SOCIOLOGÍAS DEL INDIVIDUO

La llamada de atención de Collins para que no demos por sentado que la estructura social se refleja en la interacción debe ser aten-

tida, pero no tiene por qué conducirnos al privilegio analítico de los encuentros microsituacionales, pues no es tan evidente como nos quiere hacer ver que sean el nivel cero de toda evidencia sociológica. De hecho, la sociología como disciplina científica se configuró poniendo distancia con esas realidades observables, privilegiando, por el contrario, los hechos sociales y las estructuras que no se pueden captar mediante el trabajo etnográfico, sino a la luz de un aparato estadístico (o de entrevistas semidirectivas) que permite mostrar los condicionamientos estructurales de la acción. Ahora bien, eso es lo que Collins precisamente pone en entredicho, que la estructura social se vea reflejada de forma directa en aquella. Y ciertamente su crítica es muy pertinente con respecto a las interpretaciones clásicas, que, conforme a una fuerte idea de sociedad, partían del ajuste de la acción social a dicha estructura. No obstante, esta fundamentada crítica no debe conducir a la sociología a abandonar su vocación de analizar el modo en que las acciones de los individuos están condicionadas estructuralmente, o, dicho de otro modo, a poner en relación la acción con la estructura social, entendiendo esta de forma distinta a como se concebía bajo la idea de sociedad.

En este sentido paso a retomar en este apartado las propuestas de las nuevas sociologías del individuo que ponen en entredicho la concepción heredada de la estructura social, conduciéndolas a desplazar la mirada sociológica hacia el individuo y las nuevas lógicas estructurales que constriñen su acción.

De la institución y el «rol-engranaje» a la experiencia del individuo

Retomemos, en primer lugar, una de las preguntas que planteaba anteriormente, ¿pueden en la actualidad las instituciones de socialización «estructurar» las personalidades de los individuos tal y como tenía por objetivo el llamado programa institucional? Las nuevas sociologías del individuo coinciden

en señalar que en las últimas décadas del siglo XX se han experimentado unos profundos procesos de cambio social que marcan una gran cesura en el tiempo, permitiendo distinguir entre una primera y una segunda modernidad. Uno de esos procesos de cambio ha sido la desinstitucionalización, es decir, el proceso por el cual las instituciones han ido perdiendo la capacidad para «instaurar», para socializar a los individuos en unos principios o valores «transcendentales» (religiosos o laicos). De tal modo que las principales instituciones de socialización, familia, escuela e Iglesia, han dejado de funcionar «según el modelo clásico, como aparatos capaces de transformar los valores en normas y las normas en personalidades individuales» (Dubet y Martuccelli, 2000: 201). Este proceso de desinstitucionalización no solo afecta a los individuos que son objeto de dicha socialización, sino también a los representantes (profesores, médicos, etc.) de esos principios o valores que aquellos debían interiorizar. Con dicho proceso el programa institucional va declinando y las instituciones basadas en el «trabajo sobre los otros» van perdiendo la legitimidad y centralidad que tuvieron en la primera modernidad.

Como consecuencia de estos procesos de desinstitucionalización y declive del programa institucional se produce la pérdida de continuidad entre la estructura y la personalidad y acciones del individuo. O dicho de otro modo, «la desinstitucionalización provoca la separación de los procesos que la sociología clásica confundía: la socialización y la subjetivación» (Dubet y Martuccelli, 2000: 202). En la medida en que las instituciones de socialización han ido perdiendo la capacidad de transmitir unos valores y normas que se reflejaran en roles, estos últimos han quedado relegados a un segundo plano a la hora de conformar la personalidad de los individuos. Los roles, que mediaban entre la estructura de la sociedad y la acción, dejan un mayor espacio que ya no puede ser administrado por las instituciones, sino que

debe ser gestionado por los propios individuos. Se produce así «una transferencia de las instituciones al individuo, de los roles y los estatus hacia las personas» (Dubet, 2009: 102).

No obstante, no se trata de negar la importancia de los roles en la sociedad actual ni su utilidad analítica para la sociología, pues, como señala Martuccelli (2002), los roles nos posibilitan establecer un vínculo entre las estructuras sociales y las experiencias individuales, un vínculo entre el nivel «micro» y el nivel «macro», y nos permiten dar cuenta, frente a las antiguas sociologías del individuo y a los retratos «líquidos» de época, de la aún fuerte tipificación de algunas situaciones y experiencias de la vida social. De lo que se trata es de concebir estos roles en una lógica distinta a la que subyacía a la idea de sociedad, en la que, como veíamos en el primer apartado, los roles funcionaban como verdaderos engranajes entre la estructura y la acción, permitiendo preestructurar fuertemente las situaciones. Este tipo de «rol-engranaje», como lo denomina Martuccelli, puede todavía encontrarse en nuestras sociedades, pero ya no debe tener el privilegio analítico que tuvo en la sociología clásica, siendo ahora necesario movilizar otras formas de concebir los roles sociales en función del grado de codificación y coacción de los diferentes contextos de acción, como los «roles impedidos», los «roles a creación prescrita» o los «roles en emergencia» (Martuccelli, 2002: 143-177). Ya sea por la imposibilidad de llevar a cabo un rol en el que un individuo ha sido socializado o por la necesidad de aumentar la reflexividad e invención ante los mismos, lo cierto es que, a diferencia de lo que sucedía con el «rol-engranaje», estos roles ya no pueden ser entendidos en la lógica de la idea de sociedad en la que la acción se ajustaba a la estructura.

A diferencia de lo que hizo la sociología en la primera modernidad, la acción ya no puede ser explicada como un simple reflejo del sistema, ya que se genera un mayor es-

pacio entre ambos que debe ser gestionado por el individuo. Este cambio es el que conduce a Dubet (2010) a abogar por una sociología de la experiencia, entendiendo esta última como el trabajo sobre sí mismo que debe hacer el actor para articular y dar coherencia a las que aquel considera como las tres lógicas de la acción (integración, estrategia y subjetivación). Dicho de otro modo, los individuos deben hacer frente a la búsqueda de la pertenencia a una comunidad, a la defensa de sus intereses compitiendo en los mercados y al desarrollo de una actividad crítica⁹. La sociedad actual produciría estructuralmente estas tres lógicas de la acción cuya administración por parte del individuo llevaría consigo tensiones en la experiencia social. Tensiones que conceptos como el de *habitus* no pueden captar en la medida en que «confunde» dos racionalidades de la acción, la de la integración cultural y la de la acción estratégica, eliminando así la tensión entre la lógica de reproducción de un programa cultural y la defensa o promoción de los intereses en un determinado *campo* (Dubet, 2010: 168).

De la estructura social a las desigualdades multiplicadas

Recordemos que desde la concepción de la estructura social como estructura de clases «lo esencial es postular que existe una estructura objetiva suficientemente estable y coherente para que la sociedad sea percibida como un sistema. Así, desde el punto de vista de las clases sociales, las desigualdades no son solamente una jerarquía, más o menos justa, son también una estructura» (Dubet, 2009: 51). Y no solo eso, las clases sociales, en la medida en que conforman la estructura

de la sociedad, nos permiten explicar las representaciones y prácticas individuales. Como hemos tenido oportunidad de ver, la obra de Bourdieu es un claro ejemplo de esta forma de entender la vida social. ¿Podemos seguir sosteniendo esta concepción de la estructura social? ¿Se nos presenta la desigualdad en las sociedades actuales de forma organizada y estructurada, en tanto que estructura de clases? ¿Nos permiten las clases o posiciones sociales explicar las prácticas y representaciones de los individuos?

Son varios los debates que abren estas preguntas. Con respecto a la última, no son pocos los sociólogos que actualmente se centran en la posición o clase social como operador analítico. Así Goldthorpe (2012), frente a los enfoques de los economistas basados en la renta, ha reivindicado la vuelta a la clase para examinar la desigualdad. Para el caso español, Martínez García (2013) ha mostrado la relevancia de la clase social como elemento de análisis para dar cuenta de diversos temas como el fracaso escolar, el paro juvenil o el «mileurismo».

Estas sociologías que prosiguen con el análisis de clase son necesarias y deben ser bien recibidas en un momento como el actual, en el que en muchas ocasiones se olvida la influencia de la posición social en la vida de los individuos. Sin embargo, hacer de la clase social un operador analítico central resulta insuficiente en un período de creciente individualización y singularización de la vida social. En efecto, los análisis de clase basados en las diferencias inter-clases en muchas ocasiones no prestan atención a las diferencias intra-clases ni a las «lecturas mayoritarias» (Singly, 2012). En este sentido, como veremos a continuación, diversas investigaciones empíricas realizadas en el marco de las nuevas sociologías del individuo nos permiten tener suficiente evidencia para mostrar la pérdida de capacidad analítica de las posiciones (Lahire, 2006; Martuccelli, 2006; Singly, 2012). Por ello se hace necesario disponer de nuevos operadores

⁹ Para profundizar en los fundamentos de esta sociología puede verse *La sociología de la experiencia*, libro que, aunque es ya un *clásico contemporáneo*, no es muy conocido en España. Desde 2010 contamos con una excelente traducción realizada por Gabriel Gatti. Véase Dubet (2010).

analíticos que sustituyan a las clases sociales, como el de las pruebas que propone Martuccelli y que veremos más adelante.

Más allá de los análisis de clase, que, como señalo, son necesarios pero no suficientes, lo que sí que resulta menos plausible es seguir sosteniendo la concepción de la clase social en tanto que «objeto social total», que articulaba cuatro dimensiones: una posición, un estilo o modo de vida, una acción colectiva y un mecanismo de dominación. Como señalan Dubet y Martuccelli (2000: 93-125), cada una de estas dimensiones se desdibuja y, lo que es más importante, la articulación entre ellas se quiebra. Así, como se puede constatar siguiendo los debates sobre las clases sociales, los criterios para fijar las posiciones sociales se han multiplicado (a la propiedad de los medios de producción se han añadido las oportunidades en el mercado, el capital cultural, los bienes de organización, la autoridad en las asociaciones, los cierres sociales, etc.¹⁰). En línea con visiones más multidimensionales de la estructura social, como la de Weber (1944: 682-694), los sociólogos han recurrido a nuevos criterios (género, edad, etnia, etc.) para establecer las posiciones y condiciones de existencia de los individuos, que ya no pueden ser reducidas a la clase social. De este modo, «mientras que la estructura de clases enmarcaba las desigualdades en un conjunto relativamente estable y legible, (ahora) entramos en un sistema de desigualdades múltiples» (Dubet, 2009: 69).

Esta multiplicación de las desigualdades hace menos plausible la explicación de la acción colectiva a partir de los intereses objetivos de clase. De igual forma, resulta cada vez más problemático explicar los estilos y modos de vida en términos de clase, pues, como señala Lahire (2006: 737), «dos individuos de la misma clase social, del mismo

subgrupo social, o incluso perteneciendo a la misma familia tienen todas las probabilidades de que parte de sus prácticas y gustos difieran». Así lo ha constatado este sociólogo en *La cultura de los individuos*, con el que ha mostrado que las relaciones entre los *habitus de clase* y las prácticas culturales no son tan evidentes como Bourdieu las presentaba en *La distinción*. Frente a este modelo, Lahire (2006) señala que la frontera entre la «alta cultura» y la «baja cultura» no es tan definida, ya que una mayoría de individuos de diferentes clases sociales tienen perfiles disonantes que asocian prácticas culturales que van desde las más a las menos legítimas.

Por último, la dominación parece haberse escindido de la estratificación social, de tal modo que «la estructura social aparece no solamente como un sistema complejo y multidimensional, sino también como un sistema desarticulado en el cual los «competitivos», los «protegidos», los «precarios» y los «excluidos» forman grandes conjuntos que están ellos mismos estratificados y mantienen varias relaciones de dominación» (Dubet y Martuccelli, 2000: 18).

De todo ello no se colige que las clases sociales hayan dejado de existir, y mucho menos las desigualdades, ya que, por el contrario, se multiplican. Lo que resulta más difícil es sostener que esta desigualdad se organiza como una estructura de clases y que estas nos posibiliten explicar las prácticas y representaciones de los individuos. De este modo, como señala Martuccelli (2006: 371), «se quiera o no, la noción de clase social se transforma entonces en lo que nunca quiso ser: a saber, una yuxtaposición de escalas de estratificación y una lista más o menos piramidal de desigualdades sociales que no forman ya sistema».

El precursor de las nuevas sociologías del individuo, Ulrich Beck, que aboga por una sociología *ambivalente* de la desigualdad, lo dice de otro modo: «Por supuesto, aún existen estructuras sociales inequívocas, tal vez

¹⁰ Para una visión de conjunto de estos debates véanse Crompton (1997) y Feito (1998).

incluso más que nunca, especialmente en los márgenes de la sociedad. Pero se puede discutir si estas pertenecen aún (...) a un mundo social *único* (...) Con la emergencia de la autocultura, es más bien la *falta* de estructuras sociales lo que se considera el rasgo básico de la estructura social» (Beck y Beck-Gernsheim, 2003: 113).

Del *habitus* y el campo a la pluralidad de disposiciones y contextos de acción: los múltiples «pliegues» de la estructura social

La crítica a la concepción bourdiana de la estructura social y la apertura que habilita para el desarrollo de las nuevas sociologías del individuo ha tenido un lugar de inflexión con Lahire, para quien el individuo es resultado de los múltiples pliegues de la estructura social que en él se incorporan. Por ello también se muestra crítico con Collins, para el que, como hemos visto, los hechos macrosociológicos son menos reales que las interacciones observables. Ciertamente, como Bourdieu señalaba, «la verdad de la interacción no está entera en la interacción», pero Lahire (2012: 286) añade que «tampoco lo está en el espacio social global, ni en la organización, ni incluso en el campo que, a veces pero no siempre, contribuyen a estructurarla». En efecto, para este sociólogo, la interacción debe ser explicada dando cuenta del contexto y del pasado incorporado de los individuos, sin que puedan quedar reducidos a las categorías de campo y *habitus*.

Lahire aporta de este modo una forma de concebir la estructura social que complejiza y enriquece la interpretación de Bourdieu. Los múltiples condicionamientos estructurales que constriñen a los individuos no pueden ser explicados a partir de las categorías de campo y *habitus*. Por un lado, debido a las limitaciones de este último concepto, ya que, como veíamos anteriormente, implica la transferencia y generalización de las disposiciones, de tal manera que estas formarían un sistema que haría del individuo un ser

coherente y homogéneo. Frente a esta forma de concebir las disposiciones, Lahire (2005: 161) reflexiona de otro modo: «Y si en lugar de un mecanismo de *transferencia de un sistema de disposiciones* se tratara de un mecanismo más complejo de *adormecimiento/ puesta en acción* o de *inhibición/activación* de disposiciones que supone, evidentemente, que cada individuo singular sea portador de una pluralidad de disposiciones y atraviese una pluralidad de contextos sociales». En contraste con el privilegio que Bourdieu otorgaba a la posición en el espacio social (y en otros campos «legítimos»), Lahire considera que se debe ser más exhaustivo y mostrar los múltiples procesos de socialización de los individuos, que hacen que incorporen disposiciones que no solo no tienen por qué ser coherentes y homogéneas, sino que en ocasiones pueden ser todo lo contrario, incoherentes y contradictorias.

Por otro lado, el concepto de campo tiene, según Lahire, un estatuto limitado cuando es utilizado de forma generalizada en los diferentes contextos de acción. Por una parte, no todos estos contextos se conforman como campos, ya que estos últimos no se extienden más allá de una parte de los dominios «más legítimos» de actividad profesional y/o pública (Lahire, 2012: 168). Por otra parte, este sociólogo arremete contra el planteamiento según el cual lo que acontece en el campo debe estar contenido en él: «El principio estructural (relacional) que lleva a pensar una obra en tanto que “toma de posición” en relación al conjunto de otras “tomadas de posición” es una manera de suponer un cierre del campo sobre sí mismo. Es considerar que nada de lo que sucede en el campo estaría determinado por fuerzas exteriores al campo en cuestión» (ibid.: 221). Ahora bien, esta crítica no le conduce a poner en cuestión el principio estructural o relacional como método de explicación, pues se trata «de extender por el contrario su aplicación considerando que el creador es definible por otros vínculos que los que ha podido entablar y otras expe-

riencias que las que ha podido tener dentro del campo» (ibíd.: 221).

Al indagar en las disposiciones más allá de los *habitus* y en los contextos de acción más allá de los campos, Lahire defiende una sociología *disposicionalista* y *contextualista* con la que podemos pensar de otro modo la influencia de la estructura social sobre los individuos. Frente a la ecuación de Bourdieu, según la cual [(*Habitus*) (Capital)] + Campo = Práctica, Lahire (2012: 25) propone sustituirla por la siguiente: Pasado incorporado + Contexto de acción presente = Prácticas observables.

La forma en la que Lahire da cuenta tanto de la incorporación múltiple de la estructura social en el individuo como de la pluralidad de los contextos de acción hace menos plausible el ajuste de la acción a dicha estructura. La complicidad ontológica entre el *habitus* y el campo resulta más problemática, ya que, por el contrario, lo que encontramos, de forma tan frecuente como para no poder referirnos a meras «anomalías», son individuos con una multiplicidad de disposiciones que no encuentran los contextos para su actualización o individuos desprovistos de las disposiciones que les permitan enfrentar situaciones más o menos inevitables en sus vidas (Lahire, 2005: 175).

Ante estos desajustes, consecuencia de encontrarnos ante un individuo que, según Lahire, está demasiado *multisocializado* y *multideterminado*, deviene necesaria la elaboración de «una *sociología a la escala del individuo*, que analice la realidad social teniendo en cuenta su forma individualizada, incorporada, interiorizada; una sociología que se pregunte cómo la diversidad exterior es hecha cuerpo, cómo las experiencias socializadoras diferentes, y a veces contradictorias, pueden (co)habitar (en) el mismo cuerpo, cómo tales experiencias se instalan más o menos durablemente en cada cuerpo y cómo intervienen en los diferentes momentos de la vida social o de la biografía de un individuo» (Lahire, 2013: 113).

Del personaje social a las pruebas: entre posiciones estructurales y estados sociales

Al igual que Lahire, Martuccelli insiste en señalar que los numerosos casos de falta de correspondencia entre la posición en la estructura social, las disposiciones y las tomas de posición no pueden ser ya considerados como anomalías, excepciones que confirmarían el modelo. Por el contrario, lo que califica como «metástasis de los desajustes» nos debería hacer ver que lo que falla es el modelo y que, frente a las afirmaciones teóricas de Bourdieu que destacan el ajuste ontológico entre *habitus* y campo, habría que dar cuenta del primado de los desajustes (Martuccelli, 1999: 141).

Lo mismo hay que decir con respecto a la pretensión de explicar la experiencia de los individuos a partir de los «roles-engranaje». En ambos casos lo que ha entrado definitivamente en crisis es la noción de «personaje social», que «no designa solamente la puesta en situación social de un individuo, sino mucho más profundamente la voluntad de hacer inteligibles sus acciones y sus experiencias en función de su posición social» (Martuccelli, 2007: 6). Y con ella también ha entrado en crisis una muy extendida forma de concebir el oficio de sociólogo que, más allá de escuelas o tradiciones, ha sido parte constitutiva, y en buena medida lo sigue siendo, de nuestra disciplina. Por ello, frente al análisis del individuo en función de su posición social, «se impone la necesidad de reconocer la singularización creciente de las trayectorias personales, el hecho de que los actores tengan acceso a experiencias diversas que tienden a singularizarnos y ello aun cuando ocupen posiciones sociales similares» (ibíd.: 10).

Ahora bien, ¿la falta de plausibilidad de la noción de personaje social y de la posición social como útiles analíticos y la creciente singularización de las trayectorias individuales debe llevar consigo la renuncia a cual-

quier pretensión de afirmar la presencia en nuestras sociedades de estructuras que condicionan las representaciones y prácticas de los individuos? Lejos de una visión tan extrema, las nuevas sociologías del individuo dan cuenta de cómo operan las estructuras sociales, si bien de forma muy diferente a como se hacía bajo la idea de sociedad. Así, al igual que Dubet sostiene que en la segunda modernidad la experiencia de los individuos viene condicionada por la necesidad de gestionar tres grandes lógicas de la acción que la sociedad produce estructuralmente, Martuccelli nos habla del carácter estructural de las «pruebas» a las que los individuos deben hacer frente¹¹. Pero entendiendo el concepto de estructura no en la lógica del sistema, que mostraría el *agenciamiento necesario* entre los elementos, sino como «la presencia de un *condicionamiento activo*. La estructura designa menos una trama establecida que fuerzas particularmente activas. Dicho de otro modo, reconocer la existencia de factores estructurales lleva a distinguir, entre la diversidad de fuerzas e influencias que existan en un momento dado, aquellas que son particularmente activas, constrictivas y significativas» (Martuccelli, 2010: 150).

Interesado en movilizar un análisis sociológico que dé cuenta, en un contexto de crecimiento estructural de las singularidades, del modo en que se articulan las estructuras sociales y las experiencias de los individuos, Martuccelli (2006: 110) sugiere sustituir la posición social por la noción de «prueba» como «operador analítico central (...) permitiéndonos relacionar los procesos estructurales y los lugares sociales con los itinerarios personales. Las pruebas son el resultado de una serie de determinantes estructurales e institucionales, que se declinan diferentemente según las trayectorias y los lugares

sociales». Por ello, para analizar de qué manera los individuos afrontan el conjunto de pruebas que nuestras sociedades producen estructuralmente, Martuccelli señala los dos niveles a los que hay que atender para dar cuenta de los lugares sociales de los actores. Por un lado, el nivel de las *posiciones estructurales* que este sociólogo concibe, en términos cercanos a la situación de clase de Weber, como reagrupamientos de individuos que tienen oportunidades similares de conseguir bienes o servicios, lo cual le permite delimitar —y limitar en pos de la simplicidad analítica— cinco posiciones estructurales: dirigentes, competitivos, protegidos, precarios y excluidos. Por otro lado, el nivel de los *estados sociales* —al que la sociología no ha prestado suficiente atención al haber limitado sus análisis a las posiciones estructurales— que da cuenta de los espacios que los individuos consiguen ir conformando en el interior de estas posiciones. Solo si atendemos a estos dos niveles, la sociología podrá analizar las ecologías personalizadas que nuestra sociedad produce (Martuccelli, 2006: 365-427).

Martuccelli nos invita así a representarnos la estructura social como un queso gruyere, en el que en el interior de las diferentes posiciones estructurales, y de forma transversal a ellas, encontramos espacios que los individuos construyen activamente. De este modo, frente al «agenciamiento necesario», propio de la idea de sociedad, esta concepción de la estructura permite dar cuenta de los márgenes de acción de los que disponen los individuos, los cuales devienen actores en la medida en que siempre pueden «actuar de otro modo» (Martuccelli, 2010: 102).

CONCLUSIÓN

Tras este recorrido se pueden explicitar algunas de las conclusiones a las que se ha llegado a partir de las propuestas de las nuevas

¹¹ Para profundizar en esta forma de concebir las pruebas véase Martuccelli (2006; 2010: 79-160).

sociologías del individuo que, entre otros autores, representan Dubet, Lahire y Martuccelli. La sociología actual no puede seguir concibiendo la estructura social en el marco de la idea de sociedad, es decir, tal y como la tradición sociológica (desde Durkheim y Marx a Bourdieu) se ha representado la vida social, en la que la acción se ajustaba a dicha estructura y el individuo era el fiel reflejo del sistema. Diversos procesos de cambio social, que ha traído consigo la segunda modernidad, como la desinstitucionalización, el declive del «programa institucional», la multiplicación de las desigualdades y de los ámbitos de socialización o la creciente singularización de las trayectorias individuales, hacen menos plausible dicha idea de sociedad. Las posiciones estructurales, las clases sociales o los «roles-engranaje» han ido perdiendo por ello capacidad analítica para explicar las prácticas y representaciones de los individuos, poniendo así en crisis la noción de «personaje social». De este modo se ha ido abriendo un enorme espacio para el desarrollo de nuevas sociologías del individuo. Como señala Dubet (2009: 173): «Cuando la unidad de la vida social no es dada por *la sociedad*, por la adecuación del sistema y de la acción, de una estructura y de una cultura, la sociología debe partir del individuo, de la forma en la que metaboliza y produce lo social». Estas nuevas sociologías del individuo no deben, sin embargo, renunciar a dar cuenta del poder de condicionamiento de la estructura social ni privilegiar la interacción microsituacional como centro de interés, tal y como nos proponen Collins y las *antiguas* sociologías del individuo. Ciertamente, el desajuste entre los niveles macro y micro de la vida social nos ha de llevar a tomar distancias con concepciones de la estructura social que son deudoras de la idea de sociedad y que no nos permiten atender a nuevas formas de la estratificación como la situacional. Sin embargo, la sociología no debería abandonar el análisis del modo en que las acciones de los individuos están condicionadas

estructuralmente, o, dicho de otro modo, debe poner en relación la acción con la estructura social, movilizando para ello conceptos a los que nuestra disciplina no puede renunciar, como las posiciones estructurales o los roles. Pero entendiendo la estructura social de forma diferente a como se concebía bajo la idea de sociedad. Se trataría, como propone Martuccelli, de superar la lógica del sistema, del *agenciamiento necesario* entre los elementos para dar cuenta de los condicionamientos estructurales de la acción ante los cuales el individuo debe dar respuesta, pudiendo siempre «actuar de otro modo».

El carácter «multisocializado» y «multiterminado» del individuo como fruto de la incorporación múltiple de la estructura social. El trabajo sobre sí mismo que aquel ha de llevar a cabo para integrar de una forma coherente las diferentes lógicas de la acción que nuestra sociedad genera estructuralmente. O el proceso estructural de fabricación de individuos crecientemente singularizados que afrontan un sistema de pruebas estructuralmente producido. Todo ello nos invita a trabajar en el desarrollo de las *nuevas sociologías del individuo: sociologías dispocionalistas, sociologías de la experiencia, sociologías de las pruebas*, en las que el individuo se nos muestra como nuevo foco de atención y lugar de paso necesario para la comprensión de los nuevos condicionamientos estructurales de la acción que nuestra sociedad produce.

BIBLIOGRAFÍA

- Abercrombie, Nicholas; Hill, Stephen y Turner, Bryan S. (1986). *Diccionario de Sociología*. Madrid: Cátedra.
- Beck, Ulrich y Beck-Gernsheim, Elisabeth (2003). *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*. Barcelona: Paidós.
- Bernardi, Fabrizio; González, Juan Jesús y Requena, Miguel (2006). «The Sociology of Social Struc-

- ture». En: Bryant, C. D. y Peck, D. L. (eds.). *21st Century Sociology: A Reference Handbook*. Newbury: Sage.
- Boudon, Raymond (1973). *¿Para qué sirve la noción de estructura?* Madrid: Aguilar.
- Bourdieu, Pierre (1997). *Razones prácticas*. Barcelona: Anagrama.
- (1999). *Meditaciones pascalianas*. Barcelona: Anagrama.
- (2012). *La distinción*. Madrid: Taurus.
- Calhoun, Craig; Light, Donald y Keller, Suzane (2000). *Sociología*. Madrid: McGraw Hill.
- Carabaña, Julio (1997). «Esquemas y estructuras». *Revista de Ciencias Sociais*, 49: 67-91.
- Collins, Randall (1981). «On the Microfoundations of Macrosociology». *American Journal of Sociology*, 86(5): 984-1014.
- (2009). *Cadenas de rituales de interacción*. Barcelona: Anthropos.
- Crompton, Rosemary (1997). *Clase y estratificación. Una introducción a los debates actuales*. Madrid: Tecnos.
- Dubet, François (2004). *Les inégalités multipliées*. La Tour d'Aigues: L'Aube.
- (2006). *El declive de la institución. Profesiones, sujetos e individuos en la modernidad*. Barcelona: Gedisa.
- (2009). *Le travail des sociétés*. Paris: Seuil.
- (2010). *La sociología de la experiencia*. Madrid: UCM-CIS.
- y Martuccelli, Danilo (2000). *¿En qué sociedad vivimos?* Buenos Aires: Losada.
- Durkheim, Émile (1992). *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid: Akal.
- (1995). *La división del trabajo social*. Madrid: Akal.
- Feito, Rafael (1998). *Estructura social contemporánea. Las clases sociales en los países industrializados*. Madrid: Siglo XXI.
- Giddens, Anthony (1995). *La constitución de la sociedad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Goldthorpe, John H. (2012). «De vuelta a la clase y el estatus: por qué debe reivindicarse una perspectiva sociológica de la desigualdad social». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 137: 43-58.
- Homans, George C. (1975). «What Do we Mean by "Social Structure"». En: Blau, P. (ed.). *Approaches to the Study of Social Structure*. New York: The Free Press.
- Knottnerus, J. David (1996). «Social Structure: An Introductory Essay». *Humboldt Journal of Social Relations*, 22(2): 7-13.
- Kontopoulos, Kyriakos M. (1993). *The Logics of Social Structure*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lahire, Bernard (2005). «De la teoría del *habitus* a una sociología psicológica» En: Lahire, B. (dir.). *El trabajo sociológico de Pierre Bourdieu*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2006). *La culture des individus. Dissonances culturelles et distinction de soi*. Paris: La découverte/Poche.
- (2012). *Monde pluriel. Penser l'unité des sciences sociales*. Paris: Le Seuil.
- (2013). *Dans les plis singuliers du social. Individus, institutions, socialisations*. Paris: La Découverte.
- Lamo de Espinosa, Emilio (1998). «Estructura Social». En: Giner, S.; Lamo de Espinosa, E. y Torres, C. (eds.). *Diccionario de Sociología*. Madrid: Alianza Editorial.
- López, José y Scott, John (2000). *Social Structure*. Buckingham/Philadelphia: Open University Press.
- Martínez García, José Saturnino (2013). *Estructura social y desigualdad en España*. Madrid: Libros de la Catarata.
- Martuccelli, Danilo (1999). *Sociologies de la modernité*. Paris: Gallimard.
- (2002). *Grammaires de l'individu*. Paris: Gallimard.
- (2006). *Forgé par l'épreuve. L'individu dans la France contemporaine*. Paris: Armand Colin.
- (2007). *Cambio de rumbo. La sociedad a escala del individuo*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- (2010). *La société singulariste*. Paris: Armand Colin.
- (2013). «Una cartografía de la teoría social contemporánea». En: Molina, G. (ed.). *Subjetividades, estructuras y procesos*. Santiago de Chile: FLACSO-Universidad Central de Chile.
- y Singly, François de (2012). *Las sociologías del individuo*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.

Porpora, Douglas V. (1989). «Four Concepts of Social Structure». *Journal for the Theory of Social Behaviour*, 19(2): 195-211.

Sewell, William H. (1992). «A Theory of Structure: Duality, Agency and Transformation». *American Journal of Sociology*, 98(1): 1-29.

Singly, François de (2012). *Le questionnaire*. Paris: Armand Colin.

Weber, Max (1944). *Economía y Sociedad*. México: FCE.

RECEPCIÓN: 24/07/2013

REVISIÓN: 27/03/2014

APROBACIÓN: 29/04/2014

Social Structure in the Light of the New Sociologies of the Individual

La estructura social a la luz de las nuevas sociologías del individuo

Jose Santiago

Key words

Social Classes
 • Social Stratification
 • Social Structure
 • Individuals
 • Institutions
 • Microsociology
 • Sociology of Individuals

Palabras clave

Clases sociales
 • Estratificación social
 • Estructura Social
 • Individuos
 • Instituciones
 • Microsociología
 • Sociología del individuo

Abstract

The aim of this paper is to present new theorisations of social structure in light of the new sociologies of the individual currently being developed in France. Although these sociologies are little known, they have significant value in rethinking today's society and sociology. Starting from a review of the concept and the main conceptions of social structure, I will focus on the most significant contributions of these new sociologies of the individual. To do this, on the one hand, it will be shown that the two classical traditions of social structure (institutional or cultural and as a class structure) are insufficient to explain today's society, in which the individual has become the main protagonist and key focus of sociology. On the other hand, in contrast with the old sociologies of the individual, which are centred on the micro level of social interaction, this paper analyses new structural constraints that limit the individual's action. The paper concludes with an invitation to develop these new sociologies at an individual scale.

Resumen

El objetivo de este artículo es presentar nuevas teorizaciones de la estructura social a la luz de las nuevas sociologías del individuo que se están desarrollando actualmente en Francia y que, a pesar de ser aún poco conocidas, tienen un enorme valor para repensar la sociedad y sociología actuales. Partiendo de una revisión del concepto y de las principales concepciones de la estructura social, me centraré en las aportaciones más significativas de estas nuevas sociologías del individuo. Para ello, por un lado, me detengo en las dos tradiciones clásicas de la estructura social (institucional o cultural y como estructura de clases) y muestro su insuficiencia para dar cuenta de la sociedad actual, la cual sitúa al individuo como nuevo protagonista y principal foco de atención de la sociología. Por otro lado, y en contraste con las antiguas sociologías del individuo, que se centran en el nivel micro de la interacción, se analizan los nuevos condicionamientos estructurales que constriñen a los individuos. El artículo concluye con una invitación para desarrollar estas nuevas sociologías a escala del individuo.

Cómo citar

Santiago, Jose (2015). "Social Structure in the Light of the New Sociologies of the Individual". *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 149: 131-148. (<http://dx.doi.org/10.5477/cis/reis.149.131>)

Jose Santiago: Universidad Complutense de Madrid - TRANSOC | jasantiago@cps.ucm.es

INTRODUCTION¹

The concept of social structure continues to be used in sociology despite being fraught with abstraction and ambiguity, or precisely because of that. Its widespread use has made it a black box that sociologists mobilise mostly without questioning what lies inside. What exactly is social structure? How, and to what extent, does it constrain individuals? Does social structure really exist in our advanced modern societies? Should we continue to mobilise this concept as part of our analytical tools? What if it were not just another one of those *zombie categories* (Beck and Beck-Gernsheim, 2001) which sociologists stubbornly insist on using to explain a world that has ceased to be ours? Or if, on the contrary, we decided that it is still a useful category, then, how is social structure manifested in today's society?

This paper discusses these problems in light of the new sociologies of the individual that have been developed in France in recent years which, despite being little-known, are some of the most valuable approaches within the current sociological landscape². The focus of this article is on these sociologies because they have originated by questioning the classic conception of social structure, closely linked to the *idea of society*. What follows will show how the dissolution of social structure, as it had traditionally been conceived of in sociology, places the individual as the true protagonist of social life. A process that sociologists cannot continue to turn their backs on, and one

which obliges us to re-orientate our work by firmly focussing on a sociology of, and for, individuals.

This paper is structured into four sections. Firstly, I will briefly present the concept, and the main theoretical conceptions, of social structure. After this, I will focus on the two major sociological traditions that have dominated social structure: the cultural or institutional one, indebted to the work of Durkheim, and the one which understands social structure in relation to class structure, which reached its zenith with Bourdieu's writings. Following this I will discuss the work of Collins who, in line with the old sociologies of the individual, calls into question these visions of social structure, with particular emphasis on their disengagement from interaction in micro-situational encounters. At this stage one would have to wonder whether this critique should lead sociology to focus its interest on this micro level or, on the contrary, whether we need to rethink our understanding of social structure and the way in which individuals are conditioned by it. How could one ultimately explain the social structure of the societies of the second modernity, which have seen the very idea of society decline? In order to answer this question a thorough, twofold discussion will follow on the proposals made by three of the most outstanding representatives of the new sociologies of the individual: Dubet, Lahire, and Martuccelli. Firstly, I will show the lack of credibility of the classic conceptions of social structure and the consequences resulting therefrom by turning the individual into the main focus of sociology. Secondly, I will explore how social structure and the new conditioning and structural logics that constrain individuals can be understood once the idea of society has been dissolved. Finally, I will present the findings of this research, and will extend an invitation to develop these new sociologies of the individual.

¹ This article benefited from a research stay at the *Centre de Recherche sur le Liens Sociaux* (CERLIS) at the Université Paris Descartes, Sorbonne Paris Cité, in 2011, which was made possible by a scholarship from the Mobility Sub-programme for Professors and Researchers at overseas institutions of higher education and research by the Spanish Ministry of Education.

² An excellent overview of these sociologies of the individual can be found in Martuccelli and Singly (2009).

THE CONCEPT AND MAIN CONCEPTIONS OF SOCIAL STRUCTURE

As noted by Abercrombie, Hill and Turner (1988: 228), social structure “is a concept often used in sociology but rarely discussed at any length”. In the same way, Lamo de Espinosa (1998: 272) stated that “sometimes there no other concept more confusing and entangled in all of the social sciences than that of structure, due, without doubt, to its wide usage”. We are therefore faced with a concept that sociologists mobilise without usually explaining to what we refer. And when we do explain it, the lack of consensus on what social structure substantially means is such that only overly-formal definitions have the approval of the sociological community. So it is not controversial to subscribe to the idea that “social structure refers to the enduring, orderly and patterned relationships between elements of a society” (Abercrombie, Hill and Turner, 1988: 228). Or, going a little further, in line with Boudon (1973: 14), to accept that “structure means system, coherence, completeness, the dependence of the parts with respect to the whole, a system of relationships, a totality not capable of being reduced to the sum of its parts, etc.” However, going beyond these types of formal definitions, it is true that the diversity of conceptions of social structure makes it impossible to attain a “paradigmatic consensus” (Bernardi, González and Requena, 2006: 163). Disagreements arise primarily about substantive issues such as the weight of the cultural or the material in defining social structure, its ontological nature, its different levels, and the degree to which it constrains individual action and / or makes it possible.

With the aim of contextualising the theorisation of social structure in light of the main currents of the new sociologies of the individual, I will now discuss the most prominent conceptions of social structure in the socio-

logical field. This will not be an exhaustive review, as this would undoubtedly fall outside the objectives of this paper. A very schematic overview will be provided to show the ground on which contemporary debates on social structure have been conducted. Different typologies could be used to that effect, such as the proposal by Knottnerus (1996), which identifies three theoretical traditions (transactional, idealist and objective) depending on how the nature of social structure is considered. Another possible classification is that proposed by Bernardi, González and Requena (2006), which deals with the relationship between structure and action, and leads them to differentiate between three strategies: of reduction (typically pertaining to strong individualism), of systematic transcendence (holism) and of construction (methodological individualism). Here I will start with Porpora’s proposal (1989), for whom the four main sociological conceptions of social structure are those represented by Durkheim, Marx, Collins and Homans, and Giddens. As in the following section I will focus on the first two, at this point I will simply note that Durkheim conceived of social structure as law-like regularities amongst social phenomena, while for the Marxist tradition, it is a system of human relations amongst social positions. The third of the conceptions referred to above, represented by authors such as Collins and Homans, is one that understands social structure as aggregated patterns of behaviour that are stable over time. For Homans (1975:53), social structure refers to “those aspects of social behaviour that the investigator considers relatively enduring or persistent”. For his part, Collins, whose work will be the focus of the fourth section, since he is the major representative of the old sociologies of the individual, considers that social structure is simply “people’s repeated behaviour in particular places, using particular physical objects, and communicating by using many of the same symbolic expressions repeatedly with

certain other people” (Collins, 1981:994). The fourth of the conceptions of social structure mentioned by Porpora is that proposed by Giddens, who, within the framework of his theory of structuration, understands structure as being the rules and resources that recursively intervene in the reproduction of social systems. For Giddens (1984: 25), 'structure is not to be equated with constraint but is always both constraining and enabling'

I believe that it is necessary to add to these conceptions of social structure at least another three which, albeit indebted to them and, very close to them in some aspects, contain a particular element that has turned them into points of reference in current debates on social structure. I am referring to the conceptions advocated by Bourdieu, Sewell, and the one pertaining to methodological individualism. Bourdieu's conception is indebted to Marx, due to the central place given to social class understood as being relational. Given the relevance of this way of understanding social structure, I will set this aside until the next section. Indebted to, and at the same time, critical of, Bourdieu's notion of *habitus*, and the duality of Giddens's structure, Sewell's conception of structure seeks to address what he considers to be an inevitable epistemological metaphor in the social sciences. With this in mind, and substituting Giddens's concept of rules for the one of schemas, Sewell (1992:27) considers that “structures are constituted by mutually sustaining cultural schemas and sets of resources that empower and constrain social action and tend to be reproduced by that action”. Lastly, the conception of social structure derived from methodological individualism must be noted. Whilst it may seem that it shares the reductionist strategy of structure with the approaches taken by Collins and Homans (Kontopoulos, 1993), insofar as structure is explained by reducing it to individuals, the truth is that authors like Boudon allow us to conceive the concept of social structure in a different way. From the per-

spective of methodological individualism, individuals intentionally choose their courses of action, and this gives rise to sometimes unwanted structural effects—added to those courses of action—, which constrain and condition individual opportunities (Bernardi, González and Requena, 2006: 168).

What do these new sociologies of the individual bring to this landscape of conceptions of social structure?³ This paper is dedicated to answering that question, but to start with, it must be noted that, in contrast with the high degree of abstraction existing in connection with this concept, the new sociologies of the individual are based on solid and extensive empirical research. There is a lower degree of abstraction in these sociologies than in other conceptions of social structure due to the fact that the former do not intend to describe the nature of social structure, but rather to analyse the historical changes it has experienced in the passage from the first to the second modernity. Thanks to its solid empirical support and to this historical perspective, these new sociologies of the individual allow us to see how the changes to social structure have placed the individual as a new protagonist of social life that has to face the new structural conditioning produced by our society. With this intention in mind, of placing the object of social structure on a more empirical terrain and within a historical perspective, in the next section I will concentrate on two sociological traditions that have allowed the concept of social structure to be substantiated, either in connection with the institutional or the cultural, or otherwise, thematising it as a class structure.

³ The new sociologies of the individual should not be confused with methodological individualism. In contrast with methodological individualism, these new sociologies do not necessarily give priority to intentional action, and understand social action as being mediated by the work individuals do on themselves (Martuccelli and Singly, 2009: 51).

THE IDEA OF SOCIETY AND THE TWO SOCIOLOGICAL TRADITIONS OF SOCIAL STRUCTURE

In substantive terms it could be said that sociologists have favoured two perspectives when analysing social structure, giving rise to two traditions. López and Scott (2000) refer to an “institutional structure” and to a “relational structure.” The former consists of “cultural or normative patterns that define the expectations that agents hold about each other’s behaviour and that organize their enduring relations with each other”. As to the latter, “social structure is seen as comprising the social relations themselves, understood as patterns of causal interconnection and interdependence among agents and their actions, as well as the positions that they occupy” (López and Scott, 2000:3).

In the first case, the interpretation of social structure refers to a shared culture, to some values and rules that, thanks to socialisation institutions, make up the personality of the individual through the performance of roles. From this institutional or cultural viewpoint, social structure is defined by taking into account the pattern of relationships and positions that constitute the backbone of social organisation, on the understanding that “relationships take place whenever people are involved in relatively stable enduring patterns of interaction, and mutual dependence—for example, marriages, institutions like... the education and health-care systems”, whilst “positions (sometimes called statuses) are recognised places in the network of social relationships—such as mother, president or priest—that usually carry expectations for behaviour (roles)” (Calhoun, Light and Keller, 2000:7).

The conception of social structure from a relational perspective may be presented as a class structure—although it is not reduced to it—, insofar as it is an organisation of society based on an unequal distribution of resources. But it needs emphasising that “it is not

enough that social inequality exists (groups above, groups below and groups in between) to talk of social structure; these groups must also constitute a legible system, a social structure. We have to be able to clearly distinguish the problem of the inequalities of social structure to wonder whether these inequalities form a mechanism whereby social life can be explained” (Dubet, 2009: 49). In contrast with this recurring identification of social structure with social stratification and inequalities, social structure refers to something of greater theoretical importance, namely to the fact that these inequalities are organised so as to form a legible system that helps us explain social life.

Regarding these two traditions, it is interesting to highlight that, either by delimiting the concept of social structure in terms of status in relation to roles or in terms of social classes, they can not only be used to describe the organisation of society, but they can also explain individual action. Both owe a debt to the *idea of “society (that) rests on two pillars: social structure and the adjustment of action to this structure”* (Dubet, 2009: 107). But what is this *idea of society*? It seeks to describe a certain representation of society as a totality, a functional and coherent organised system⁴. More specifically, “the idea of society characterised social life through an organic or systemic representation, as a series of embedded levels, one inside the other, governed by a hierarchy that established the relationship between the higher and lower strata. The idea of society thus involved that the different social levels interact with each other, as the pieces of a machine or the parts of an organism do, and each of them is understood precisely according to its place in the whole” (Martuccelli, 2013: 148).

We will see next how these two classic views of the *idea of society* have been the-

⁴ On the idea of society, see Dubet and Martuccelli (2000: 25-39).

matished. They rely on social structure and on the adjustment of action to that structure.

Social structure, socialisation institutions and roles

The sociological tradition inherited from Durkheim represents society as an organised, functional system in which each element has a role or function to play in the whole, through which it can be understood. In *The Division of Labour in Society*, Durkheim pointed out that “the structure of societies where organic solidarity is preponderant” is organised as a “system of different organs, each one of which has a special role and which themselves are formed from differentiated parts”, with them being “co-ordinated and subordinated to one another around the same central organ, which exerts over the rest of the organism a moderating effect” (Durkheim, 1997: 132). However, as Durkheim ascertained that the division that social labour diverted from “its natural direction” as a producer of organic solidarity, he began to place increasing importance on values and rules, as a means of ensuring the integration of modern societies. In contrast with societies with a segmented social structure, in which a “widespread and strong” collective consciousness covered all individuals, who largely shared a “similar consciousness”, the differentiation process brought in its wake a greater space for individual initiative and reflection. In the light of this, the Durkheimian interpretation of social life gradually shifted towards an idea of society as an integrated system, based on some central values that the individuals should internalise through the socialisation process. This ensured continuity between society and the individual, between the system and the actor. Parsons shared Durkheim’s view that “there is a functional and formal continuity between culture (values), society (roles), and personalities (the reasons for action). The role of socialisation is to ensure this continuity between social structure and personality” (Dubet, 2006: 52).

The institutions were in charge of this process, especially the school, the church and the family, by means of which societies in early modernity shaped individuals by transforming values into rules, and these into roles that made up their personalities. These institutions made it possible for the socialisation process and subjectification process to be confused, since they were, so to speak, the two sides of the same coin. The influence exerted by these institutions on their goal of *instituting* led Dubet to coin the term *institutional programme*, as a “social process that transforms values and principles in action and subjectivity as oriented by specific, organised professional work” (Dubet, 2006: 32). This institutional programme, of religious origin, has been transferred to the main institutions of modernity and has shaped the professions of teachers, doctors, nurses, social workers, etc., who were in turn responsible for “working on others”, whereby *Society* socialises individuals. This work was based on sacred values and principles, whether religious or secular⁵, administered in “sanctuaries” by means of vocational individuals and had as a seemingly paradoxical aim: to socialise individuals at the same time as shaping them as subjects, or in other words, to access individual autonomy and freedom through rational discipline⁶.

In this institutional programme the role defines the individual to which it becomes subject. The personality adapts to the role and relationships are conditioned and limited by specific social roles. So the relationship is not “entirely independent, since everything is bound by a precise definition of the role of the others, engaged in the institutional programme. I address the student, the sick, the

⁵ The Durkheimian interpretation of secularisation as a transformation of the sacred allows the understanding of this transfer of the institutional programme (Durkheim, 1964).

⁶ For more on the characteristics of this institutional programme, see Dubet (2006: 29-62).

poor, without exceeding that role. That does not mean that within that programme the professional ignores the person and personality of others, but that it accesses the more intimate and diffuse dimension through a precise definition of the role” (Dubet, 2006: 385).

Social structure and class structure

The other major interpretation of social structure is that based on social classes. There are various theoretical references which should be taken into account, notably including Neo-Marxists and Neo-Weberians, represented by Wright and Goldthorpe. When referring to these schools and to the debates on class, one must clearly distinguish between class theory and class analysis (Carabaña, 1997). According to the idea of society, I will concentrate here on approaches to social class that intend to combine class theory with class analysis. In other words, those approaches that make class a sort of “total sociological object”, being both the *explanandum* and the *explanans* of social life (Dubet, 2004: 12). The enormous analytical value of this concept is derived from the articulation of four dimensions: a position, a community or lifestyle, collective action, and a mechanism of domination (Dubet and Martuccelli, 2000: 93-125).

The origins of this conception of social structure are to be found in Marx, but they reached their zenith in the work of Bourdieu, for whom social life is only intelligible if we take into account social structures, both external (*fields*) and internalised (*habitus*). In his work, as in few others, the weight of the idea of society is clearly felt, as well as the two pillars on which it rests: social structure and the adjustment of action to this structure. This adjustment is derived from the fact that, within Bourdieu’s sociological framework, action is explained by the position held within it. Hence the importance of *fields*, as areas where objective relationships take place between positions, based on which the repre-

sentations and practices of agents can be explained. This is how Bourdieu conceives of the social space and class structure, as a *field* in which the various positions held by individuals are relationally fixed in terms of the total volume of capital and its composition (relationship between economic capital and cultural capital). These same structural positions lead to the “construction” of “theoretical classes” and the development of a predictive model of individuals’ representations and practices. In effect, socialisation in certain conditions of existence, determined by social position, results in the incorporation of a system of dispositions, *habitus*, through which individuals are inclined or predisposed to carry out one or another set of practices. This *habitus* is unique to each individual, but by defining some “objective classes”, *class habitus* can be considered to be “the internalized form of class condition and of the conditionings it entails” (Bourdieu, 1984: 101).

Hence, indebted to a strong idea of society, the Bourdieuan conception of social structure not only shows how social life is organised, but also explains individual action, and helps to understand that a relationship exists between “*social positions* (a relational concept), *dispositions* (or *habitus*), and *position-takings* (*prises de position*), that is, the ‘choices’ made by social agents in the most diverse domains of practice, in food or sport, music or politics” (Bourdieu, 1998: 6). In other words, “the space of social positions is retranslated into a space of position-takings through the mediation of space of dispositions (or *habitus*)” (Ibid: 7).

The close relationship that exists, according to Bourdieu, between positions, dispositions, and position-takings is enabled by the fact that *habitus* are “systems of durable and transposable dispositions”, which allow us to “account for the unity of style, which unites the practices and goods of a single agent or class of agents... The habitus is this generative and unifying principle which retranslates the intrinsic and relational characteristics of

a position into a unitary life-style, that is, a unitary set of choices of persons, goods, practices" (Bourdieu, 1998: 8).

The idea of society that underlies Bourdieu's sociology, and which affirms the existence of social structure and the adjustment of social action to this structure, is best summarised in the following formula: [(*habitus*) (capital)] + field= practice (Bourdieu, 1984: 101). Action is explained by the two ways in which social structure is manifested, fields and *habitus*, between which there is an ontological complicity or adjustment, since this system of dispositions is objectively adapted to the state of the field in which it originated⁷.

FROM SOCIAL STRUCTURE TO INTERACTION: THE OLD SOCIOLOGIES OF THE INDIVIDUAL

Can this conception of social structure be sustained? Does social structure exist in our societies of advanced modernity? Are current societies organised by means of a social structure that frames individuals in positions in terms of their resources and capital, or by means of an institutional structure that shapes them through socialisation into values, rules and roles? And with respect to this, is there continuity between social structure

and individuals" personality and action? To what extent does their position in the class structure and the influence of socialisation institutions on them account for their practices and representations?

In order to answer these questions I will focus on some of the most significant contributions of the *new* sociologies of the individual in the following section. Their recent appearance in the sociological landscape means that they can be distinguished from what could be called, without any pejorative intent, the *old* sociologies of the individual, which are focused on the micro-situational level, and are very critical of the macro-structural views of social life.

This is the case of Collins⁸, for whom analysing social life from the perspective of social structure does not make much sense, as it is not capable of showing how it influences micro-situational experiences (which, in his view, are the basic level of social action and of all sociological evidence). In other words, as a response to the conception of social structure reviewed in the previous section, to what extent do the structural positions of individuals, determined by their economic and cultural capital, or by their status and role, condition their interactions? Does possessing a certain level of status or capital give them any kind of interactional advantage? Or, on the contrary, should we hold that there is an abyss between structural po-

⁷ This very schematic introduction to the interpretation of Bourdieu's social structure is limited to what can be considered the "core" of his work. There are certainly passages in which Bourdieu shows a less "adjusted" conception of social life, especially in one of his last books, *Pascalian Meditations*, in which he notes that "the relationship between dispositions and positions does not always take the form of the quasi-miraculous and therefore mostly unremarked adjustment"; that "the homology between the space of positions and the space of dispositions is never perfect and there are always agents out on a limb"; that "the adjustment, in advance, of *habitus* to the objective conditions is a *particular case*, no doubt particularly frequent,... but it should not be treated as a universal rule"; and that "contradictory positions, which tend to exert structural "double binds" on their occupants, there often correspond to destabilised *habitus*, torn by contradiction and internal division, generating suffering" (Bourdieu 2000: 157-160).

⁸ Classifying the work of Collins as belonging to the *old* sociology of the individual is not strictly based on chronological criteria, since part of it is contemporary with the *new* sociology of the individual, as in the case of his book *Interaction Ritual Chains*, 2004, whose chapter on "Situational Stratification" is the main focus of this section. The distinction between old and new sociologies of the individual intends to mark a different theoretical affiliation to distinguish between micro-sociologies, which focus on the interactions of the individuals in line with the proposals by authors such as Erving Goffman, which came to light in the 1960s, and the new ways of doing sociology, which deal with the individual without giving priority to the micro level, but rather the opposite, they have a macro-sociological dimension at individual scale.

sition and micro-situational interaction? Collins believed this to be the case, and therefore he proposed moving “away from accepting macro-aggregate data as inherently objective, and toward the translation of all social phenomena as a distribution of micro-situations” (Collins, 2004: 262). To do so, an invitation is extended to undertake ethnographic research that would permit transferring the Weberian categories of class, status and power to the micro level.

According to Collins, social classes are not disappearing, but rather the contrary, as shown at a macro-structural level, if we pay attention to the growth of inequality of income distribution and wealth at both national and international level. But, to what extent can we hold that this inequality results in inequality in terms of distribution of life experiences? Given some of the new sociologies of the individual, within which social class has ceased to be a solid analytical operator, Collins still reserved for it a certain role in the understanding of the structure of contemporary society, and—more importantly here—in explaining the conditioning of individual experiences. That is, he does not only restrict himself to defining classes as strata with more or less capital or income. He also considers that they condition the micro-situational encounters in “Zelizer circuits”, that is, monetary exchange circuits that exist in current societies. This leads him to identify seven social classes or “class circuits”: a financial elite, an investing class, an entrepreneurial class, celebrities, a variety of middle-class/working-class circuits, disreputable circuits and an ultimate lower class, those outside any circuits of monetary exchange. Two aspects of his approach to social classes are particularly relevant here, based on the micro-experience level. On the one hand, the comparison that Collins makes with the macro-structural conception: “Micro-translating economic class shows, not a hierarchical totem-pole of classes neatly stacked up one above another, but overlapping transactional

circuits of vastly different scope and content” (Collins, 2004: 268). On the other hand, it is also interesting to note that, in terms of the relationship between social class and individual action, social class only translates into interactional advantages within each of those circuits of exchange.

The disengagement between social structure and individual experiences is also felt when focusing on the Weberian categories of status and power. With regard to this last, Collins is keen to stress that, when looking at the micro-structural level, power manifests itself differently than in the macro-structural level. So the unequal distribution of these resources, when looking at the hierarchical structure of an organisation, does not translate into an unequal distribution of real power in line with such hierarchical structure. Collins therefore proposes a distinction between “D-power”, as the power to control or receive deference, and “E-power”, effective power, which an individual could have despite holding a structurally subordinate position, as is the case in the “shadow hierarchy” of administrative assistants. In contrast with the macro-structural image, which has given priority to the analysis of D-power, for Collins, this power in our societies is fragmented and limited to certain areas in which we can still find micro-obedience relationships of the “command and control” type, even if they are more subtle than in other times. This power has certainly been disengaged from “E-power”, whilst situational power still exists in organisations, but, as occurs in social classes, it only operates within it, as outside of it individuals cannot translate it into interactional advantages.

With respect to the status category, Collins invites us to think about two questions that he considers to be of great relevance for the purpose of this paper: Do status groups exist, and if so, how are they defined in the social structure of current societies? To what extent is the macro-structural and hierarchical image from which sociology has labelled social stratification (based on honour or

prestige) shown in individuals” interactions?

Weber (1978: 932) understood that strata, as opposed to classes, were real communities that shared a lifestyle recognised by a certain social “honour”. Collins applied this concept to status groups, which could be differentiated by their lifestyle, emphasising the importance of formalised rituals in their composition, such that they can only exist when daily life is excessively formalised. This is how the conditions emerge for people to be able to live their life in terms of categorical identities. This is why, in current societies, with a less formalised social life, status groups are mostly invisible, except for what Collins defines as the “quasi-status groups” of young people and adults.

But what I am interested in here, is the argument put forward by Collins that nowadays unequal status distribution—a category understood as the capacity to receive deference in micro-situational behaviour—has little to do with categorical identities and, on the contrary, it increasingly depends on personal reputation. In other words, the social position held by an individual in the social structure, conceived as a hierarchical space, does not directly translate into social prestige. Do the professions considered to be the most prestigious enjoy interactional advantages in their micro-situational encounters? Again Collins invites us to think about status as a category that operates in specific networks and situations, beyond which a hierarchical position in the macro-structure does not ensure greater deference. With the single exception of celebrities, who enjoy a trans-situational deference beyond networks and specific organisations, “contemporary people, I suggest, receive relatively little categorical deference. Most deference is by personal reputation and that depends on being in the presence of the network where one is personally known” (Collins, 2004: 278).

As can be seen in his situational stratification analysis, Collins intends to show to what extent in contemporary society individuals’

experiences have become disengaged from macro-structural hierarchies (whereas classical sociology had deemed those experiences to be clearly linked to such hierarchies). The conclusion reached by the *old* sociologies of the individual is certainly very significant in this respect: “Contemporary social structure generates a life experience in which most individuals have at least intermittent, and sometimes quite extensive, situational distance from macro-structured relationships” (Collins, 2004: 292).

FROM THE *IDEA OF SOCIETY* TO THE INDIVIDUAL AND THE NEW STRUCTURAL LOGIC: THE NEW SOCIOLOGIES OF THE INDIVIDUAL

Collins draws our attention to the fact that it should not be taken for granted that social structure is reflected in interaction. However, this does not have to lead to prioritising the analysis of micro-situational encounters, since it is not as obvious as Collins would like that those encounters are the zero level of all sociological evidence. In fact, when sociology was founded as a scientific discipline, some distance was taken from these observable realities, and priority was given, on the contrary, to those social facts and structures that cannot be captured by ethnographic work, but more in the light of a statistical apparatus (or by semi-directed interviews), which permits researchers to show the structural limits of action. This is precisely what Collins questioned, the idea that social structure is directly reflected in action. And his critique is certainly relevant with respect to classical interpretations, which, according to a strong idea of society, took as a starting point that social action adjusts to social structure. However, this well-founded criticism should not lead sociology to abandon its vocation for analysing the way in which individuals’ actions are structurally conditioned, in other words, to connect action with social structure, understanding social struc-

ture differently from the way it was conceived of under the idea of society.

This section will therefore resume the discussion of the proposals made by the new sociologies of the individual which question the received view of social structure, leading them to shift the sociological approach to the individual and the new structural logics that constrain the individual's action.

From the institution and the “gearing role” to the individual's experience

Firstly I would like to restate one of the questions proposed previously: Can current socialisation institutions “structure” the personalities of individuals, as intended by the so-called institutional programme? The new sociologies of the individual agree in noting that in the last decades of the 20th century profound social changes were experienced that marked a major break in time, allowing the differentiation of a first and a second modernity. One of those change processes has been de-institutionalisation, that is, the process by which the institutions have lost the capacity to “institute”, to socialise individuals in some “transcendental” principles or values (either religious or secular). In this way the main socialisation institutions—family, school and church—have ceased to function “according to the classical model, as devices capable of transforming values into rules and rules into individual personalities” (Dubet and Martuccelli, 2000: 201). This de-institutionalisation process does not only affect those individuals who are the object of socialisation, but also the representatives (teachers, doctors, etc.) of these principles and values that were intended to be internalised. With this process the institutional programme is gradually declining and the institutions based on “working on others” are losing the legitimacy and centrality they held during the first modernity.

As a consequence of the de-institutionalisation processes and the decline in the institutional programme, the continuity between

structure and personality and individual action has been lost. In other words, “the de-institutionalisation process has caused the separation of the processes that classical sociology confused: socialisation and subjectification” (Dubet and Martuccelli, 2000: 202). Insofar as socialisation institutions have lost the capacity of transmitting values and rules that would be reflected in roles, those roles have been relegated to a second level when it comes to shaping individuals’ personalities. Roles, which used to mediate between society’s structure and action, leave a greater space that can no longer be administered by institutions, but must be managed by the individuals themselves. This produces “a transfer from the institutions to the individual, from roles and status to individuals” (Dubet, 2009: 102).

However, it is not a question of negating the importance of roles in contemporary society or their analytical usefulness for sociology, for, as noted by Martuccelli (2002), roles allow us to establish a link between social structures and individual experiences, a link between the “micro” level and the “macro” level. They permit us to account for how some situations and experiences of social life are still strongly structured, as opposed to the *old* sociologies of the individual and the old-time “liquid” portraits. The purpose is to consider these roles using a different logic from that underlying the idea of society, in which, as we saw in the first section, roles worked as a gearing mechanism between structure and action, allowing these situations to be strongly pre-structured. This type of “gearing role” (*rôles rouages*), as it is termed by Martuccelli, can still be found in our societies, but it now does not have the analytical priority that it had in classical sociology. Now it is necessary to resort to other ways of understanding social roles in terms of the degree of codification and coercion of the different action contexts, such as “deprived roles”, “prescribed creation roles”, and “emergency roles” (Martuccelli 2002:

143-177). Whether due to the impossibility of performing a role in which an individual has been socialised, or to the need to increase the reflexivity and invention in connection with them, it is true that, unlike what happens in “gearing roles”, these roles can no longer be understood within the logic of the idea of society in which action is adapted to structure.

Unlike what sociology did in the first modernity, action can no longer be explained as a mere reflection of the system, as greater space is generated between both that has to be managed by the individual. This change is what led Dubet (2010) to advocate a sociology of experience, understood as the work agents have to do on themselves in order to articulate and give coherence to Dubet have considered the three logics of action (integration, strategy and subjectification). In other words, individuals must deal with the search for a sense of belonging to a community, to defend their interests by competing in the markets, and to perform a critical activity⁹. Current society structurally produces these three logics of action whose administration by the individual causes tensions in social experience. Such tensions cannot be captured by using concepts such as *habitus*, to the extent that it “confuses” two rationalities of action, cultural integration and strategic action, thus eliminating the tension between the logic of the reproduction of a cultural programme and the defence or promotion of interests in a given *field* (Dubet, 2010: 168).

From social structure to multiplied inequalities

From the conception of social structure as a structure of classes, “what is essential is to

postulate that a sufficiently stable and coherent objective structure exists for society to be perceived of as a system. From the point of view of social classes, inequalities are not only a—more or less fair—hierarchy, they are also a structure” (Dubet, 2009: 51). And not only that: insofar as social classes shape social structure, they allow us to explain individual representations and practices. As we had the opportunity to see in previous sections, Bourdieu’s work is a clear example of this way of understanding social life. Can this conception of social structure still be sustained? Are inequalities present in current societies in an organised and structured way, as class structures? Do classes or social positions explain the practices and representations of individuals?

These questions open up several debates. With respect to the last question, there are numerous sociologists who currently concentrate on social position or class as an analytical operator. Goldthorpe (2012), in contrast with economists’ approaches based on income, has reclaimed a return to the concept of class to examine inequality. In Spain, Martínez García (2013) has shown the relevance of social class as an element to be analysed to explain various issues such as school dropout rates, youth unemployment and “*mileurismo*”¹⁰.

These sociologies that continue to use class analysis are necessary and should be welcomed in times such as ours, when the influence of social position on the lives of individuals is often forgotten. However, making social class a central analytical operator is insufficient in a period of growing individualisation and singularisation of social life. In effect, class analyses based on inter-class dif-

⁹ For more on the basics of this sociology see *Sociologie de l’expérience (The Sociology of Experience)*, a book which, while already a contemporary classic, is not very well known.

¹⁰ Translators note: This term is based on the combination of the Spanish words “mil” (one thousand) and “euros”, and is applied to those in Spain who, despite often being highly qualified, given the difficulties in the Spanish job market, are employed with earnings of approximately 1,000 euros a month.

ferences very often fail to pay attention to intra-class differences, or to “majority readings” (Singly, 2012). As we will see later, various empirical studies have been carried out with the framework of the new sociologies of the individual that have provided sufficient evidence to show the loss of analytical capacity of social positions (Lahire, 2006; Martuccelli, 2006, Singly, 2012). New analytical operators are needed to replace social classes, such as the *trials* proposed by Martuccelli, to be discussed below.

Going beyond those class analyses which, as previously noted, are necessary but insufficient, it is less plausible to continue to hold the conception of social class as a “total social object” that is structured in four dimensions: a position, a lifestyle or a way of life, collective action, and a mechanism of domination. As noted by Dubet and Martuccelli (2000: 93-125), each of these dimensions becomes blurred, and most importantly, the structuring force in the relationship between them breaks down. So, as can be seen by following the debates on social classes, the criteria for fixing social positions have multiplied (to the ownership of the means of production have been added market opportunities, cultural capital, organisational assets, authority in associations, social closures, etc.¹¹). In line with more multidimensional visions of social structure, such as Weber’s (1978), sociologists have resorted to new criteria (sex, age, ethnicity, etc.) in order to establish individuals’ positions and conditions of existence that can no longer be reduced to social class. In this way “whilst class structure framed inequalities in a relatively stable and legible group, (now) we are in a system of multiple inequalities” (Dubet, 2009: 69).

This multiplication of inequalities makes less plausible the explanation of collective action from objective class interests. Equally,

it is increasingly problematic to explain lifestyles and ways of life in terms of class, since, as noted by Lahire (2006: 737), “two individuals of the same social class, the same social subgroup, and even belonging to the same family, are very likely to have some different practices and tastes”. This was noted by Lahire in *La culture des individus*, where he showed that relationships between *class habitus* and cultural practices are not as evident as Bourdieu presented in *Distinction*. In contrast with this model, Lahire (2006) noted that the frontier between “high culture” and “low culture” is not so well defined, as a majority of individuals of different social classes have dissonant profiles that associate cultural practices that range from the most to the least legitimate.

Lastly, domination seems to have been divorced from social stratification, so much so that “social structure appears to be not only a complex multidimensional system, but also as a disjointed system in which the “competitive”, the “protected”, the “precarious” and the “excluded” form large groups that are themselves stratified and maintain various relationships of domination” (Dubet and Martuccelli, 2000: 18).

All this does not mean that social classes have ceased to exist, much less inequalities; on the contrary, the latter have multiplied. What is difficult to hold is that this inequality is organised as a class structure and that this can explain individuals’ practices and representations. As stated by Martuccelli (2006: 371), “whether you want to or not, the notion of social class has become what it was not intended to be: namely a juxtaposition of levels of stratification and a more or less pyramidal list of social inequalities that no longer form a system”.

The precursor to the new sociologies of the individual, Ulrich Beck, who advocated an *ambivalent* sociology of inequality, expressed it a different way: “Of course, there are still unambiguous social structures, perhaps more

¹¹ For a view of this set of debates see Crompton (1993) and Feito (1998).

than ever, especially on the margins of society. But it is questionable whether they still belong...to a *single* social world...With the emergence of a self-culture, it is rather a *lack* of the social structure which establishes itself as the basic feature of social structure" (Beck and Beck-Gernsheim, 2001: 51).

From *habitus* and the field to the plurality of dispositions and contexts for action: the multiple folds of social structure

The critique of the Bourdieuan conception of social structure and the way it opens up the development of the new sociologies of the individual has found a watershed in Lahire, for whom individuals are the result of multiple *folds* of social structure incorporated in them. This is why he is also critical of Collins, for whom, as we have seen, macro-sociological facts are less real than observable interactions. Certainly, as noted by Bourdieu, "the truth of the interaction is not in the interaction itself", but Lahire (2012: 286) added that "it is also not in the global social space, or in organisation, not even in the field, all of which, sometimes but not always contribute to structuring it". Interaction should therefore be explained taking into account the incorporated context and the past of individuals, without them being reduced to the categories of "field" and *habitus*.

In this way Lahire provides an understanding of social structure that adds complexities and richness to Bourdieu's interpretation. The multi-faceted structural conditioning that constrains individuals cannot be explained by the categories of field and *habitus*. On the one hand, this is due to the limitations of the concept of *habitus*, which, as we saw previously, involves the transfer and generalisation of dispositions, which form a system that makes the individual coherent and homogeneous. As opposed to this way of conceiving of dispositions, Lahire's (2005: 161) reflection is: "What if instead of a mechanism for the *transference of a system of disposi-*

tions, it were a more complex mechanism of *torpor / putting into action or inhibition / activation* of dispositions that implies, evidently, that each unique individual is the carrier of a plurality of dispositions and passes through multiple social contexts". In contrast to the priority Bourdieu gave to position in social space (an in other "legitimate" fields), Lahire considers that a more exhaustive approach should be taken, to show the multiple processes of the socialisation of the individual, as they make individuals include dispositions that are not necessarily coherent and homogenous; in fact, sometimes they could be totally the opposite: incoherent and contradictory.

The concept of "fields" has, according to Lahire, a limited status when it is used in a generalised way as applied to the different contexts of action. Not all of these contexts make up fields, as these last do not extend further than one part of the "more legitimate" domains of professional and/or public activity (Lahire, 2012: 168). This sociologist argues against the approach whereby what happens in the field should be contained within it: "The structural (relational) principle which leads to think about a work as a 'position-taking' in relation to another 'group of position-takings' is a way of assuming a closure of the field on itself. It is considering that nothing that happens in the field would be determined by forces external to the field in question" (ibid: 221). This criticism, however, does not lead Lahire to question the structural or relational principle as a method of explanation, as he believes that "its application should be extended, by considering that the creator can be defined by other links than those engaged in and by other experiences different from those it may have had within the field" (ibid: 221).

In order to delve into dispositions beyond *habitus* and into contexts of action beyond fields, Lahire defends a *dispositionalist and contextualist* sociology, which makes it possible to think about the influence of social

structure on individuals in a different way. Lahire (2012: 25) proposes to substitute Bourdieu's equation, according to which [(*Habitus*) (Capital)] + Field = Practice, for the following: Incorporated past + Context for current action = Observable practice.

The way in which Lahire describes both the multiple incorporation of social structure within the individual and the plurality of contexts of action makes it less plausible that action might adjust to social structure. The ontological complicity between *habitus* and field is more problematic since, as we have seen—so frequently that they cannot be deemed to be mere “anomalies”—individuals either have a multiplicity of dispositions that cannot find the contexts to be actualised or they are deprived of the dispositions that enable them to face more or less inevitable situations in their lives (Lahire, 2005: 175).

Given these mismatches, resulting from an individual who, according to Lahire, is too *multi-socialised* and *multi-determined*, it becomes necessary to develop a “*sociology at the scale of the individual*, which analyses social reality taking into account its individualised, incorporated, internalised form; a sociology that wonders how exterior diversity is embodied, how the different socialising experiences, sometimes contradictory, can (co) habit (in) the same body; how these experiences settle more or less durably in each body; and how the different moments of social life and the biography of the individual come into play” (Lahire, 2013: 113).

From social character to trials: between structural positions and social states

Similarly to Lahire, Martuccelli was keen to stress that the numerous cases of lack of correspondence between position in the social structure, dispositions and position-takings cannot be considered to be anomalies, exceptions that confirm the model. On the

contrary, what he called “metastasis of maladjustments” should make clear that the failure lies in the model, and that, compared to Bourdieu's theoretical claims that highlight the ontological adjustment between *habitus* and field, the primacy of these maladjustments should be explained (Martuccelli, 1999: 141).

The same should be noted with respect to the attempt to explain the experience of individuals based on “gearing roles”. In both cases what has definitely been called into question is the notion of “social character”, which “does not refer only to the social situation of individuals, but more deeply, to the desire to make their actions and experiences intelligible in terms of their social position” (Martuccelli, 2007: 6). Likewise a widespread way of conceiving of the profession of the sociologist has been seriously called into question: a conception which, beyond schools or traditions, has been, and largely still is, a constituent part of our discipline. Therefore, as opposed to the priority given to the individual in terms of their social position, “what prevails is the need to recognise the growing singularisation of personal trajectories prevails; the fact that actors have access to various experiences that tend to singularise them, even though they occupy similar social positions” (ibid. 10).

Now, should the implausibility of the notion of social character and social position as useful analytical tools, and the growing singularisation of individual trajectories involve renouncing to the claim that there are structures in our society that affect the representations and practices of individuals? Far from adopting such an extreme vision, the new sociologies of the individual explain how social structures operate, although in a very different way as it was done under the idea of society. Just as Dubet held that in the second modernity individual experience was conditioned by the need to manage three great logics of action that society structurally produces, Martuccelli speaks of the structural character of the

trials that individuals have to face¹². But he does so by understanding that the concept of structure is not in the logic of the system, which would show the *necessary agencement* between elements, but as “the presence of *active conditioning*. The structure designates not so much a pre-established plot as particularly active forces. In other words, recognising the existence of external structural factors leads to distinguishing, amongst the diversity of forces and influences that exist in any given moment, those that are particularly active, constrictive and significant” (Martuccelli, 2010: 150).

Martuccelli is interested in mobilising a sociological analysis that explains, in a context of structural growth of singularities, the way in which social structures and experiences of individuals are articulated (2006: 110), and suggests substituting social position for the notion of *trials* as a “*central analytical operator*, thus allowing a connection of structural processes and social places with personal itineraries. The trials are the result of a series of structural and institutional determinants, which operate differently according to trajectories and social places”. Therefore, to analyse how individuals deal with all the trials that our societies structurally produce, Martuccelli noted the two levels which should be addressed to account for the social places of actors. On the one hand, the level of *structural positions*, which he understands, similarly to Weber’s class situation, as regroupings of individuals that have similar opportunities to acquire goods or services. This makes it possible to delimit—and limit for the sake of analytical simplicity—five structural positions: those pertaining to the leaders, competitors, protected, precarious and excluded. On the other hand, the level of the *social states*—to which sociology has not

paid enough attention, since analysis has been limited to structural positions—refers to the spaces that individuals manage to create within these positions. Only by focusing on these two levels can sociology analyse the personalised ecologies that our society produces (Martuccelli, 2006: 365-427).

In this way Martuccelli suggests that social structure should be understood as *gruyère cheese*, in which individuals actively construct spaces within the different structural social positions, and across them. In this way, in opposition to the “*necessary agencement*”, particular to the idea of society, this conception of structure makes it possible to describe the scope for action available to individuals, who become actors to the extent that they can always “act in a different way” (Martuccelli, 2010: 102).

CONCLUSION

Following this overview, some conclusions can be provided on the basis of the proposals of the new sociology of the individual, represented by Dubet, Lahire and Martuccelli, amongst others. Currently sociology cannot continue to understand social structure as being within the framework of the idea of society, that is, as the sociological tradition (from Durkheim and Marx to Bourdieu) represented social life, in which action was adjusted to social structure and the individual was a true reflection of the system. Various processes of social change, brought about by the second modernity, such as de-institutionalisation, the decline in the “*institutional programme*”, the multiplication of inequalities and of areas of socialisation, and the growing singularisation of individual trajectories, have made this idea of society less plausible. Structural positions, social classes, and the “*gearing role*” have lost their analytical capacity to explain individual practices and representations, thus endangering the notion of the “*social character*”. An enormous space has therefore been

¹² Further details on this way of conceiving of trials can be found in Martuccelli (2006) and Martuccelli (2010: 79-160).

opened for the development of new sociologies of the individual. As noted by Dubet (2009:173): "When the unity of social life is not given by *society*, by the suitability of system and action, of a structure and a culture, sociology must look to the individual as a starting point, focusing on the way in which the individual metabolises and produces that which is social". These new sociologies of the individual must not, however, relinquish the ability to explain the conditioning power of the social structure or favour micro-situational interaction as a focus, as proposed by Collins and the *old* sociologies of the individual. Certainly, the maladjustment between the macro and micro levels of social life must lead us to take a distance from the conceptions of social structure that are indebted to the idea of society, and that do not allow us to address new forms of stratification, such as the situational one. However, sociology should not abandon the analysis of the way in which individual actions are structurally limited, or in other words, it must connect action with social structure, by mobilising concepts that our discipline cannot renounce to, such as structural positions and roles. But this must be effected by understanding social structure differently from the way it was conceived of under the idea of society. The idea is, as proposed by Martuccelli, to overcome the logic of the system, of the *necessary agencement* between the elements, with the aim to explain the structural conditioning of action faced by the individual, always capable of "acting in a different way".

The "multi-socialised" and "multi-determined" character of the individual as a result of the multiple incorporation of social structure; the work an individual must do on oneself in order to integrate the different logics of action that our society generates structurally in a coherent manner; and the structural process of creating increasingly singularised individuals who face a system of trials that is structurally produced: all of these are aspects which invite us to work on the development of *new sociologies of the individual: disposition-*

alist sociologies of experience sociologies, sociologies of trials, where the individual appears as a new focus of attention and a place of passage that is necessary for the understanding of the new structural constraints on action that our society produces.

BIBLIOGRAFÍA

- Abercrombie, Nicholas; Hill, Stephen and Turner, Bryan S. (1988). *The Penguin dictionary of sociology*. London: Penguin books.
- Beck, Ulrich and Beck-Gernsheim, Elisabeth (2001). *Individualization. Institutionalized individualism and its social and political consequences*. London: Sage publications.
- Bernardi, Fabrizio; González, Juan Jesús and Requena, Miguel (2006). "The Sociology of Social Structure". In: Bryant, C. D. and Peck, D. L. (eds.). *21st Century Sociology: A Reference Handbook*. Newbury: Sage.
- Boudon, Raymond (1973). *¿Para qué sirve la noción de estructura?* Madrid: Aguilar.
- Bourdieu, Pierre (1984). *Distinction: A Social Critique of the Judgement of Taste*. Cambridge: Harvard University Press.
- (1998). *Practical Reason: On the Theory of Action*. Stanford: Stanford University Press.
- (2000). *Pascalian Meditations*. Stanford: Stanford University Press.
- Calhoun, Craig; Light, Donald and Keller, Suzane (2000). *Sociología*. Madrid: Mc Graw Hill.
- Carabaña, Julio (1997). "Esquemas y estructuras". *Revista de Ciencias Sociales*, 49: 67-91.
- Collins, Randall (1981). "On the microfoundations of macrosociology". *American Journal of Sociology*, 86(5): 984-1014.
- (2004). *Interaction Ritual Chains*. Princeton: Princeton University Press.
- Crompton, Rosemary (1993). *Class and Stratification. Introduction to Current Debates*. Cambridge: Polity Press.
- Dubet, François (2004). *Les inégalités multipliées*. La Tour d'Aigues: L'Aube.
- (2006). *El declive de la institución. Profesiones, sujetos e individuos en la modernidad*. Barcelona: Gedisa.

- (2009). *Le travail des sociétés*. Paris: Seuil.
- (2010). *La sociología de la experiencia*. Madrid: UCM-CIS.
- and Martuccelli, Danilo (2000). *¿En qué sociedad vivimos?* Buenos Aires: Losada.
- Durkheim E. 1964. *The Elementary Forms of the Religious Life*. London: Allen and Unwin.
- (1997). *The Division of Labour in Society*. New York: The Free Press.
- Feito, Rafael (1998). *Estructura social contemporánea. Las clases sociales en los países industrializados*. Madrid: Siglo XXI.
- Giddens, Anthony (1984): *The Constitution of Society: Outline of the Theory of Structuration*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press.
- Goldthorpe, John H. (2012) "Back to Class and Status: Or Why a Sociological View of Social Inequality Should Be Reasserted". *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 137: 201-216.
- Homans, George C. (1975). "What Do we Mean by 'Social Structure'". In: Blau, P. (ed.). *Approaches to the Study of Social Structure*. New York: The Free Press.
- Knottnerus, J. David (1996). "Social Structure: An Introductory Essay". *Humboldt Journal of Social Relations*, 22, 2: 7-13.
- Kontopoulos, Kyriakos M. (1993). *The Logics of Social Structure*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lahire, Bernard (2005). "De la teoría del *habitus* a una sociología psicológica" In: Lahire, B. (dir.). *El trabajo sociológico de Pierre Bourdieu*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2006). *La culture des individus. Dissonances culturelles et distinction de soi*. Paris: La découverte/Poche.
- (2012). *Monde pluriel. Penser l'unité des sciences sociales*. Paris: Le Seuil.
- (2013). *Dans les plis singuliers du social. Individus, institutions, socialisations*. Paris: La Découverte.
- Lamo de Espinosa, Emilio (1998). "Estructura Social". In: Giner, S.; Lamo de Espinosa, E. and Torres, C. (eds.). *Diccionario de Sociología*. Madrid: Alianza Editorial.
- López, José and Scott, John (2000). *Social Structure*. Buckingham/Philadelphia: Open University Press.
- Martínez García, José Saturnino (2013). *Estructura social y desigualdad en España*. Madrid: Libros de la Catarata.
- Martuccelli, Danilo (1999). *Sociologies de la modernité*. Paris: Gallimard.
- (2002). *Grammaires de l'individu*. Paris: Gallimard.
- (2006). *Forgé par l'épreuve. L'individu dans la France contemporaine*. Paris: Armand Colin.
- (2007). *Cambio de rumbo. La sociedad a escala del individuo*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- (2010). *La société singulariste*. Paris: Armand Colin.
- (2013). "Una cartografía de la teoría social contemporánea". In: Molina, G. (ed.). *Subjetividades, estructuras y procesos*. Santiago de Chile: FLACSO-Universidad Central de Chile.
- and Singly, François de (2009): *Les sociologies de l'individu*. Paris: Armand Colin.
- Porpora, Douglas V. (1989). "Four Concepts of Social Structure". *Journal for the Theory of Social Behaviour*, 19(2): 195-211.
- Sewell, William H. (1992). "A Theory of Structure: Duality, Agency and Transformation". *American Journal of Sociology*, 98(1): 1-29.
- Singly, François de (2012). *Le questionnaire*. Paris: Armand Colin.
- Weber, Max (1978). *Economy and Society*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press.

RECEPTION: July 24, 2013

REVIEW: March 27, 2014

ACCEPTANCE: April 29, 2014